

De las Damas



Traje para niña de 12 años.—Dos trajes de paseo.

CUENTOS BREVES.

UN PADRE. (?)

I

Magdalena Andhaut miró el reloj y exclamó de pronto:

—Paula, sube á av. sar á tu hermano. Ya es hora de sentarse á la mesa. Al mismo tiempo llama á tu padre, que está en su despacho.

Mr. Andhaut, vivía en un hotelito que había hecho construir con arreglo á sus propios planos, puesto que el tal sujeto era Arquitecto. Había consagrado el bajo y el principal á su mujer y á su hija Paula, reservándose el cuarto segundo para él y para su hijo Lorenzo, que cursaba Filosofía en la Universidad.

—Vamos á comer, papá—dijo Paula. Después entró como un huracán en el cuarto de su hermano.

Lorenzo estaba colocando en un album varios retratos, entre los cuales figuraban el de Angela Vitry, actriz del teatro de Variedades.

La artista estaba representada en traje de mallas, con las piernas juntas y tendidos en cruz los brazos, de

los que pendía un manto negro, semejante á las desplegadas alas de un murciélago.

A la llegada de su hermana el estudiante ocultó la fotografía y exclamó:

—¿No podías llamar, condenada? Anda, y déjame en paz.

Paula al bajar la escalera, no cesaba de gritar:

—¡La he visto! ¡La he visto!...

II

Cuando toda la familia estuvo en el comedor, Magdalena Andhaut dijo:

—¡Sirve la sopa, Genoveva!...

Reinaba el más absoluto silencio, cuando de pronto Paula, impulsada por el deseo de delatar á su hermano, lanzó en medio de aquella tranquilidad estas palabras:

—Lorenzo tiene en su cuarto un retrato de mujer, casi desnuda, con una dedicatoria al pie.

Magdalena miró á su hijo con aire de indignación y se mordió los labios para ocultar su enojo ante la cándida inocencia de su hija.

Lorenzo no se atrevió á articular una sola palabra, comprendiendo que era inútil toda protesta.

En realidad, el estudiante amaba á Angela Vitry, á la cual había sido pre-

sentado una tarde, y le escribía con frecuencia cartas incendiarias, en las que le pintaba con vivísimos colores todo el fuego del amor que le devoraba. Pero á ninguna de ellas recibía contestación.

Terminó la comida sin que se hablara del asunto y en medio del más absoluto silencio.

Lorenzo presentía en aquel mutismo una amenaza terrible.

Su madre había dispuesto que accitaran á Paula.

Temeroso entonces el estudiante de la tormenta que se le venía encima, levantóse con resolución y aparente serenidad, dirigiéndose inmediatamente á la puerta de salida.

Magdalena trató de seguirle; pero al ver que el muchacho adelantaba demisado el paso, exclamó:

—¡Tienes atrofiado el corazón! ¡Ya que no respetas á tu madre, respeta al menos á tu hermana!

—Déjale en paz, mujer—dijo Mr. Andhaut,—y procura tranquilizarte.

—¡Tan bueno eres tú como él! Como sois tan amigos, supongo que te habrá confesado la verdad y te habrá dicho que ha tenido amores con esa Angela Vitry, que Dios confunda... ¿No?

Pues yo estoy enterada de todo, porque sé cumplir con mis deberes de madre. Has de saber que he interceptado las cartas de esa infame á mi hijo. En una de ellas le habla del lujo que se ve obligada á mantener, y en otras se muestra en extremo cariñosa y dice á Lorenzo que sus cartas la llenan de entusiasmo y le rejuvenecen el espíritu, añadiendo infinidad de mentiras propias de esas aventureras.

Eso sí, en todas se lee entre líneas alguna petición.

Al fin dejó de escribir la comicuela, puesto que mi hijo no podía comunicarse con ella.

Creo, pues, que le he salvado de las garras de esa Dalila.

III

Cuando el Arquitecto estuvo solo, se puso á meditar acerca de la situación de Lorenzo y consideró que aumentar á éste los primeros obstáculos era enseñarle á temerlos todos; que desilusionarle en los primeros amores, era desilusionarle en los futuros. Harto le constaba que su hijo era muy inclinado al escepticismo y que tenía un cerebro excelente conductor de las teorías de Schopenhauer, de Hartmann y de Spencer, que á la sazón estudiaba. No había más remedio que aligerar su

alma é infundirle la fe en el amor.

Mr. Andhaut durmió poco aquella noche, preocupado hondamente por aquel problema de conciencia.

Levantóse temprano, fué á dar un paseo y luego entró á almorzar en un restaurant de primer orden.

Cuando hubo reparado sus fuerzas, pidió una guía de Pars y buscó la dirección de Angela Vitry. Después salió á la calle, tomó un carruaje de punto y dijo al cochero:

—¡Calle del Coliseo!

Al leer el nombre de Mr. Andhaut en la tarjeta que su doncella le presentó, Angela Vitry no pudo ocultar su asombro, tratando de averiguar lo que aquel hombre podía pretender de ella. Después creyó que el buen señor iba sin duda á representar la escena del padre de "La dama de las camelias," para suplicarle que abandonase su presa.

—¿Viene usted—le dijo al verle—á reclamarme á su hijo? Por toda contestación tengo que participar á usted que no tengo nada que ver con ese joven.

El arquitecto se sentó sonriendo, y exclamó:

—Vengo, por el contrario, á suplicar á usted que le corresponda.

Después le explicó, por medio de mil eufemismos, la importancia que su resolución tenía con la educación sentimental de su hijo. Pero al notar que Angela Vitry no le comprendía bien, acabó por explicarse con mayor precisión.

Dictóle su papel, palabra por palabra. Era preciso que su hijo tuviese el íntimo convencimiento de que era amado por sus propios méritos, á fin de que no desconfiara de sí mismo. Por tanto, no debía hablarle nunca de dinero, puesto que él, el padre, sabría recompensar espléndidamente el proceder de la actriz.

Angela asintió á todo con un movimiento de cabeza, y mostró su admiración por la generosa idea de Mr. Andhaut, el cual se separó de la artista siendo portador de una encantadora carta para su hijo.

IV

Cuando el estudiante regresó al hotel, el arquitecto le llamó y le dijo:

—¡Oye, Lorenzo! Aquí, entre las cartas que acaban de traerme, hay una para ti.

Al reconocer la letra de Angela, el



Blusa para campo.

muchacho tembló de emoción y temió una reprimenda paternal. Pero su padre le dió amistosamente un golpecillo en el hombro, y dijo sonriendo:

—¡Ah, pillastre!

Y después añadió en voz baja:

—Te voy á dar un consejo: Haz que te escriban á la lista de correos, pues de ese modo nadie podrá interceptar jamás tus cartas.

FELIX ALBINET.

LOS MATRIMONIOS DEL SIGLO.

Es cosa de no creer lo que con los hombres pasa, sale uno bueno, se casa... ¡y se nos echa á perder!

De novio, todo le alegra y hace, rendido, la corte, no digo ya á su consorte, ¡á su mismísima suegra!

¿Que su mujer, como todas, por divertirse se muere, y amante del lujo, quiere seguir las últimas modas?

Pues en prueba de amor leal, á todo accede, ligero, sin ver el muy majadero, que así la acostumbra mal.

Mas aunque juró ser fiel á su mujer, ante el Cura, su constancia sólo dura una luna... la de miel.

Después... después, casi al año, de desdénoso hace alarde, y vuelve á su casa tarde, hecho un salvaje, de hurao.

Si su mujer con empeño quiere probar que... le adora, —"¡Ya le he dicho á usted, señora, que vengo muerto de sueño!"

Pides un peso al malvado para... agujas:—"¿Cómo es eso?" ¿qué hizo usted de aquel peso que le di... el año pasado?

Cuando en su casa hay visita, es cosa que encanta ver cómo mima á su mujer, á quien llama "tortolita."

¡Y tras de tanta ternura, solos los dos, si se enoja, ¡á su tortolita arroja, los platos á la cabeza!

Casimiro Prieto.

EL EXTERIOR FEMENINO

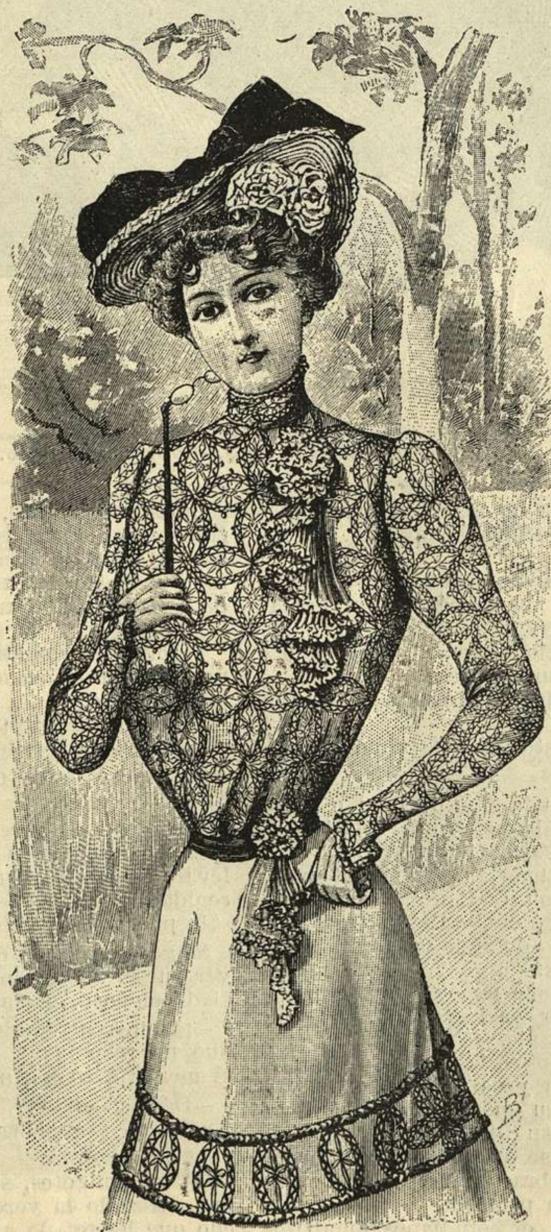
Retratos de jóvenes.

Si queréis saber lo que será más tarde, como señora de casa, alguna joven de vuestra amistad, procurad sorprenderla en la cocina, hecho que por sí sólo, constituye un buen augurio; y si la mencionada joven no se excusa, no se muestra avergonzada, de que la hayais sorprendido en medio de tan vulgares labores, estad seguros que posee un juicio sano y un criterio recto.

Procurad maniobrar de manera que presenciéis una de sus salidas á la calle, algún día lluvioso: si la veis que se cubre cuidadosamente con un impermeable, si la veis ponerse un sombrero de la estación pasada, podéis estar seguros de que esta



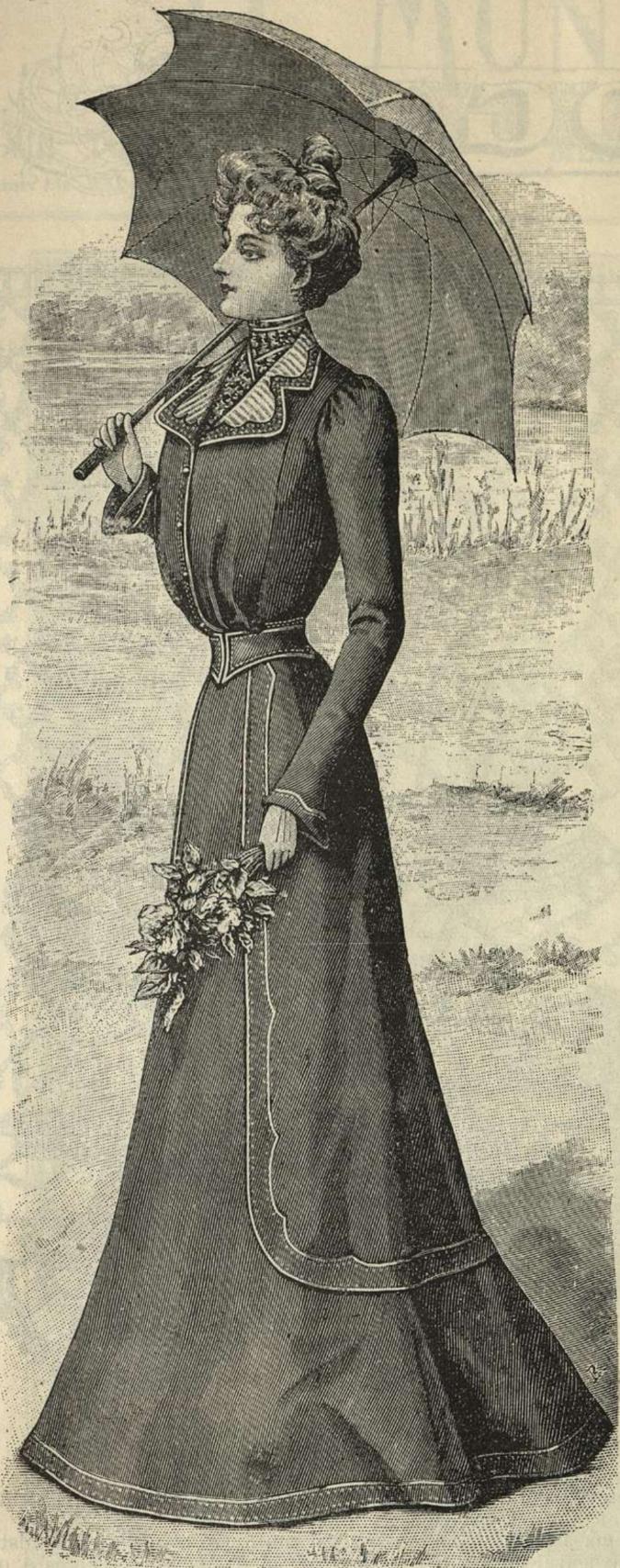
Modelo de fichú, alta novedad.



Talle adornado con aplicaciones de encaje.



Traje de sport.



Traje estilo sastre



Traje de cachemira.

ra de la falda, prendida con un alfiler de nodriza; sus guantes, cuando está de compras, están con frecuencia descocidos y sin botones.

Podemos apostar cien contra uno, á que la señorita X. será una mujer sin orden en el hogar.

La señorita P. está por el contrario, siempre prendida con cuatro alfileres. No habla de otra cosa que de cintas, de telas y de últimos figurines.

Está en gran "toilette" pierde por completo la naturalidad: se vuelve efectada, habla estirando los labios, se sienta derecha como un manequí, y no se atreve á hacer ningún movimiento, por temor de arrugar sus vestidos ó de perder la simetría. Esta joven no puede entrar á una pieza sin dirigirse desde luego hacia el espejo sin ver la imagen, furtivamente pero con insistencia, y se diría que los espejos tienen imán para sus ojos. Si en sociedad obra de tal manera, qué será cuando está sola!

Estas pequeñeces denotan en la joven en cuestión un amor al tocador, exagerado y peligroso, ó por lo menos, una gran ligereza de carácter.

Esto, por lo que toca á los rasgos exteriores, pues cinco minutos de conversación con alguna de estas jóvenes, nos dirán su carácter y sus sentimientos con más exactitud. La conversación es el verdadero espejo de los sentimientos, una frase, un gesto muchas veces, bastan para revelar las tendencias y educación moral de las mujeres jóvenes.

EL MARCO.

En un salón.

—Condesa á los pies de usted.
—Marqués, beso á usted la mano.
—¡Mi querida baronesa!
—¡Respetable diplomático!
Saludos y cortesías
y doblar el espinazo.

El mismo en un estreno.

—Pero ¡qué barbaridad,
¡Ese autor es un imbécil!
¡Esto es muy tonto, muy malo!
¡Fuera, fuera, mamarrachos!
Estornudos, gritos, toses,
pateos y bastonazos.

El mismo en casa.

—¡Niño, no se dice bruto!
A ver ¿quién ha dicho bárbaro?
¡Buenas maneras, modales!...
¿Qué es lo que os han enseñado?
¡La educación lo primero!
¡Ya sabéis que no lo paso!

El mismo en los toros.

—¡Vaya usted al toro, granauja,
bestia indecente, borracho,
tumbón! ¡Ojalá te maten!
¡A la guillotina, al palo!
Las gentes son en la vida
según el sitio y el caso;
que es un escenario el mundo,
y es todo cuestión de marco.

Miguel Echegaray.

joven no se arruinará en trajes ni en sombreros, y sabrá cuidar el guardarropa suntuoso ó humilde de que disponga.

Si cuando estais en su casa, la veis arreglar sin afección las flores de la jardinera, desbaratar las arrugas de un cortinaje, ordenar las sillas y los muebles de una manera graciosa, jurad que esta mujer ama el interior de su casa y no correrá por bailes y fiestas, prefiriendo ser un guardián de su hogar.

El retrato que acabamos de hacer de indeterminada joven, caracteriza al verdadero tipo de la mujer llamada por vocación á la dirección de una familia; y no hay que olvidar que todas las madres saben apreciar estos rasgos que parecen imperceptibles y que, sin embargo, deciden muchas veces la elección de esposas para sus hijos.

Por el contrario, vamos á trazar algunas siluetas femeninas, que desde luego revelan la índole y tendencias de la mujer:

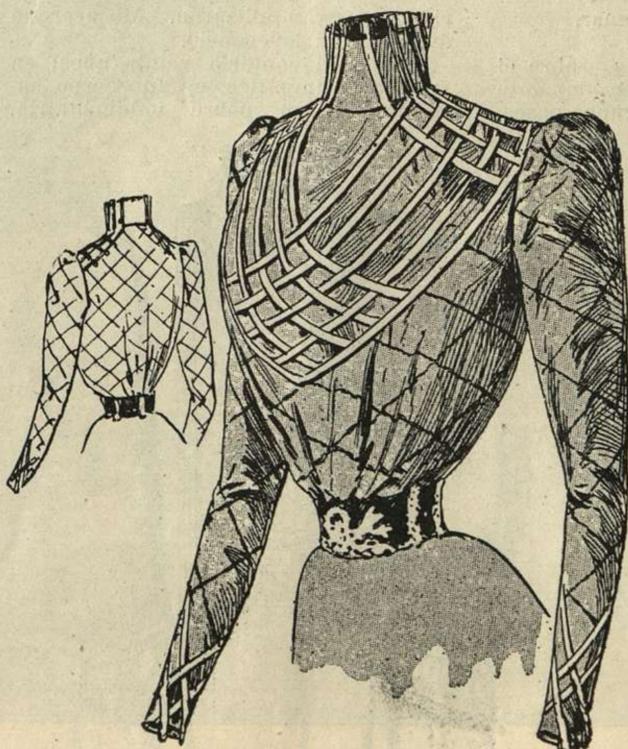
La señorita X se presenta un día á la mesa, teniendo gente á comer, con un cuello desprovisto de botón, y puede verse el cuidado con que procura unir por medio de un listón, las dos tiras rebeldes que no quieren cerrarse.

Durante toda la hora de la comida, está molesta é inquieta porque teme que la cinta de seda se afloje y deje á descubierto su garganta. Fácil es comprender que esta inco-

modidad podría haberse evitado con un poco de cuidado para sus prendas de vestir, revisándola cuando se la trae la lavandera, para substituir

los botones caídos y los broches arrancados.

Esta misma joven sale á otro día á recibir á una visita, con la mane-



Dos talles estilo inglés.



Talle para traje de casa.

PARA EL HOGAR

EL "CICE."

Era un día típico de invierno, de esos en que "no se puede ir á ninguna parte," frío y lluvioso, por la cual la tertulia de primera hora del Casino prorrogóse tácitamente hasta las últimas horas de la tarde, que se hizo corta gracias á la amena y varia conversacion de unos cuantos.

No sé cómo recayó ésta sobre el suicidio, citándose con tal motivo cuantas teorías morales, sociales y médicas se han sustentado respecto á tan triste particular, alguna de las cuales fué objeto de viva discusion, cuyo valor contrastaba con el frío de la calle, cubierta por la nieve.

Quién sostenía que el suicidio es artístico y al suicida debe considerársele como una especie de héroe homérico, quién, aferrándose á la moral cristiana, le anatematizaba, y calificaba al que le realizaba, de ser cobarde, impotente para luchar con las contrariedades de la vida.

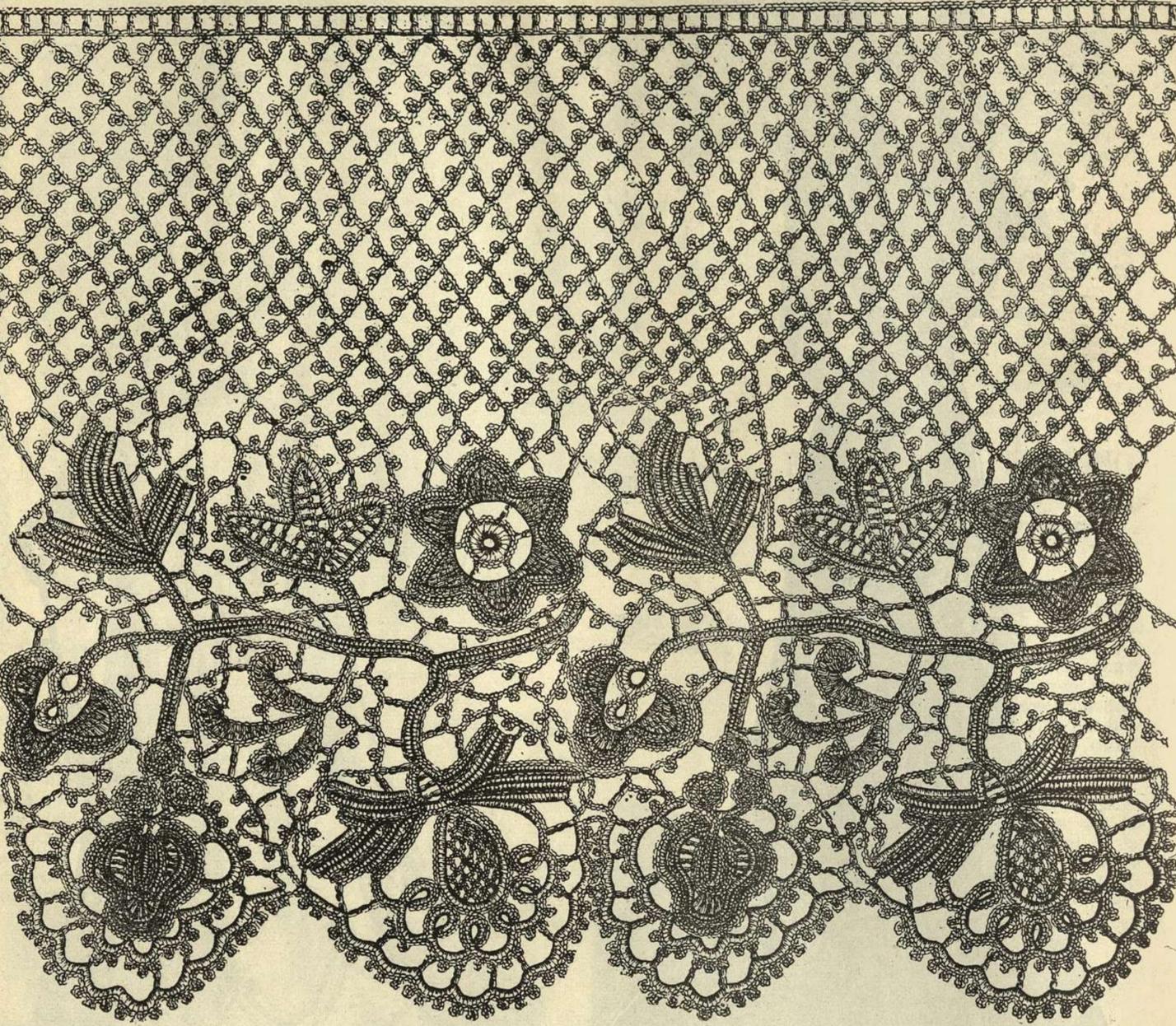
—Señores,—dijo un contertulio, terciando en lo más empeñado de la contienda.—yo no pretendo dirimir la cuestión; pero voy, para que ustedes saquen las consecuencias que estimen oportunas, á relatar un caso de suicidio que echará por tierra, seguramente, todas esas teorías.

Era quien tal dijo hombre que gozaba de ingenioso, y la discusion tenía ya tan cansados á unos de repetir los mismos argumentos y á otros de escucharlos, que todos acordamos aquella tregua y la consolidamos con nuestro silencio, seguros de pasar un buen rato.

—Pues, verán ustedes—exclamó "D. Pepito," á quien llamábamos así por su jovialidad; y después de encender un veguero, arrellanarse en el sillón y toser fuerte dos ó tres veces como quien se dispone á perorar serio y tendido, prosiguió diciendo:—Hará una quincena de años, y precisamente una noche muy parecida á la que se nos está echando encima, en que la nieve obstruía Madrid hasta el extremo de suspenderse la circulacion de tranvías, que entonces no andaban solos como ahora, y no verse por las calles un coche ni para un remedio y muy contados transeuntes, venía yo por la Castellana con direccion al Casino, después de haber cenado y bien envuelto en mi gabán de pieles, cuando, al pasar frente á un banco, veo que un individuo, que en aquel momento acababa de sentarse, saca un objeto reluciente y se le aplica á la sien derecha.

Instintivamente noté que era una pistola, y di un grito: el hombre se estremeció, quedándose inmóvil.

Señores, no soy cobarde; pero comprenderán ustedes que la hora, el sitio y la presencia de aquel individuo que empufaba un arma son para intranquilizar á cualquiera.



Modelo de punta para ropón de bebé.

En un segundo, multitud de pensamientos atropelláronse en mi mente. ¿Será un ladrón—me dije—que ha apelado á esta estratagema al verse sorprendido? Dos ó tres veces se escaparon de mi garganta, pero fueron inútiles; nadie acudió á ellas. ¡Juzguen por la de ahora cómo andaría la vigilancia de aquel paraje hace tiempo.....!

Lo extraño era que el hombre continuaba inmóvil, sin huír ni acometer; yo también permanecía estático, sin saber qué determinación tomar.

La situación era violenta.

Al fin, dejando la pistola sobre el banco, incorporándose pausadamente y adelantando hacia mí algunos pasos,

me dijo con voz cuyo trémulo acento denunciaba el reflejo de una emoción profunda: "No tema usted; si fuese un criminal, podría desvalijarle y asesinarle impunemente, porque ya ha visto que ninguno ha acudido á sus voces. Precisamente para no serlo nunca iba á suicidarme; pero usted me ha quitado la acción."

Y con voz más solemne añadió: "Si se retrasa un segundo, hubiera recogido mi último suspiro."

Estas palabras rebosantes de sinceridad me tranquilizaron. Me acerqué á él; era un jovencuelo.

Apenas si contaría veinte años; en su rostro simpático, en su cuerpo gallardo y en su pobre indumentaria,

veíanse las huellas del sufrimiento y de la miseria.

Me contó su historia: una historia vulgar; la de todos esos seres á quienes la sociedad abandona desde la cuna y no tiene para ellos ni una dádiva ni un consuelo.

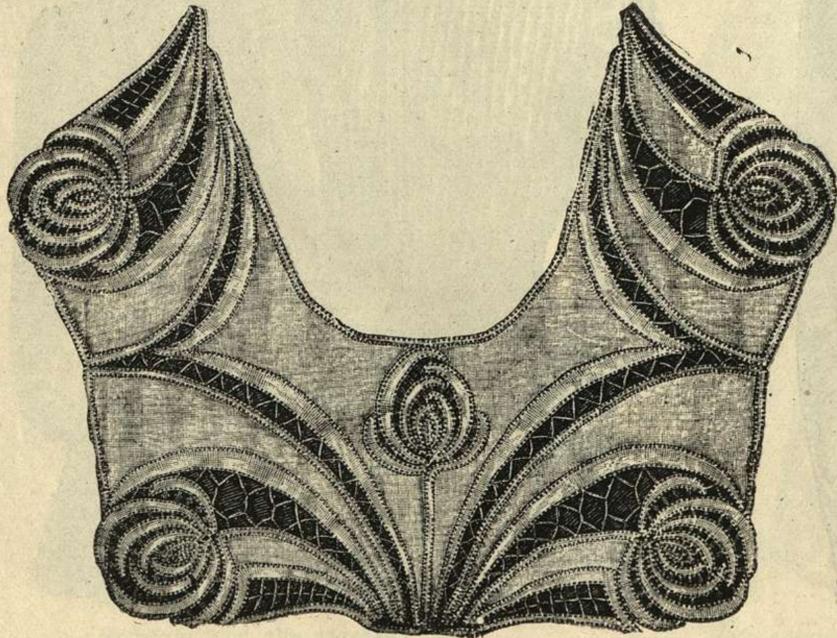
En su fracasada resolución tomaron gran parte la influencia de lecturas folletinescas, y, sobre todo, el novelesco relato hecho por los periódicos de varios suicidios que en aquella época se registraron.

¡Como que me enseñó la carta dirigida al juez de guarauia, y estaba en verso.'.....!

Procuré consolarle, convencerle de su descabellado propósito, animarle para la lucha por la vida, ordenándole que fuera al día siguiente á mi casa, pues yo pondría en juego mis relaciones para buscarle una colocación decorosa, y, por último, le di un par de duros con que comiera aquella noche y durmiese á cubierto, y le recogí el arma, á lo cual no opuso la menor resistencia, quedándose al parecer tranquilo y satisfecho de verse restituído al mundo por mi casual intervencion.

Pues bien; ni el día siguiente ni en los sucesivos aportó el muchacho por mi casa; durante algún tiempo leí con ansiedad la seccion de sucesos para ver si Juan Expósito, que así se llamaba, había reincidido en su torpe propósito, y confieso que poco á poco dejé este cuidado y hasta llegué á olvidarme del suicida.

Cuando más lejos le tenía de mi memoria, recibo una carta, á la cual acompañaba una barrera del 10, diciéndome en caracteres casi ininteligibles, y entre un farrago de faltas ortográficas y románticas cursilerías, que yo era su padre, que me debía la existencia, que gracias á mí podría ser una gloria del toreo y llenar el mundo



Bata para camisa.



Camisa para dormir.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VIII--TOMO II--NÚM. 12.

MÉXICO, SEPTIEMBRE 22 DE 1901.

Subscripción mensual foráneos, \$ 1.50.
Ídem ídem en la Capital, 1.25.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



LA CAMPANA DE LA INDEPENDENCIA.
Alegoría mexicana exhibida por los Sres. Labadie.

CAPRICHOS.

Libros blancos y crepúsculos rojos.

Van cinco tardes que acaban así, incendiando el horizonte. Al hundirse el sol, se desliza con rapidez la gigantesca aureola, y aparece sobre el recorte de las montañas una franja de vivo carmesí que se desarrolla y extiende, como una tienda de púrpura, hasta clavarse en la corva extremidad del dombo celeste, cuyo azul desteñido comienzan á manchar de blanco las primeras estrellas. Durante algunos momentos deslumbra la ardiente tonalidad del crepúsculo, el gran fondo de hornaza, el cálido tinte de sangre en el que se retuerce, la claridad inquieta con súbitos relampagueos amarillos; viene después la lenta agonía de la luz, la anemia triste del color, que poco á poco se demuda, cambia, palidece, tórñase pabellón diáfano de grosella, que rasga y acuchillea la sombra, hasta disolverlo en una bruma viscosa y siniestra que cubren al fin las fúnebres sepias de la noche.

El espectáculo no es nuevo: suele la primavera entretenernos con estas maravillas caleidoscópicas; gusta la coqueta de engalanar con mantos imperiales á los días moribundos.

Yo no he dejado de mirar al poniente, en estas tardes que incendian el horizonte y me recuerdan tristes alegrías y placeres amargos. Así fueron hace diez años todas las tardes de Abril y de Mayo. No sé qué fenómeno meteorológico se operó en la atmósfera. Los sabios lo estudiaron mucho y lanzaron á los cuatro vientos una multitud de teorías. Yo no me preocupaba porque era algo más que sabio: era joven, era bueno, era amado.

Y por eso, en el balcón abierto, frente á frente del crepúsculo enrojecido, mi novia y yo, juntos, tan juntos como podíamos, soñábamos. Yo leía y ella escuchaba. Cada vez que la dulce "María" de Isaacs se ponía enferma; cada vez que la pobre cilla "Graziella" lloraba la ingratitud del poeta; cuando la melancólica "Magdalena" de Sandeau fué víctima de su bondad; cuando "Virginia" moría llamando á "Pablo"; y la cándida "Mireya" se postraba ante el altar gótico, pidiendo la vuelta del amante, entonces, la hermosa muchacha alzaba sus ojitos curiosos hacia el Ocaso envuelto en llamas, y con voz temblorosa, voz de sollozo contenido, me decía: no sigas, espera. Y yo tenía que sacarla de su virginal abatimiento como el sublime lector de la "Divina Comedia".

¿Quién no ha pasado por entre esos romanticismos juveniles, con un libro de Lamartine bajo el brazo, y la imagen de una niña pálida dentro del alma? ¿Quién no ha sido protagonista del sainete encantador, de la historieta vulgar de los primeros amores?

¡Libros blancos y crepúsculos rojos! Allí están la "Graziella" y la "María" encerrados para siempre, y empolvándose en el rincón obscuro del estante. Ya no he de volver á abrirlos, como no he de volver á abrir las alas del espíritu como no he de volver á sentir sobre la frente el beso casto de la novia, ni la tierna lágrima sobre las pupilas. Es imposible que regresen las horas fugitivas. Que duerman, pues, los libros blancos, las purezas invioladas, las almas buenas y los ensueños pudorosos, y que lo único que me queda de aquellos tiempos felices, los recuerdos desvanecidos, se empanen en el rojo muerto de estos crepúsculos primaverales, que encienden á la vez el horizonte y mi memoria, y parece que me dicen con sus fulgores carmesíes y viscosos: dichoso tú que alguna vez creíste ser joven, ser bueno, ser amado!

Luis G. Urbina.

LAS BANDERAS INSURGENTES

Es muy acostumbrado entre los oradores de las fiestas patrióticas de Septiembre, hablarnos del Caudillo de la Independencia, Don Miguel Hidalgo, como siendo quien primero arbolara

"el glorioso pendón tricolor";

y aunque metafóricamente pudieran pasar esa frase y otras de igual significación, la verdad histórica pugna con tamaño anacronismo.

No cabe duda que la primitiva bandera de los insurgentes, fué la imagen de la Virgen de Guada-

lupe, de México: Alamán vió esa enseña en el alojamiento que Hidalgo ocupó al tomar á Guanajuato, y la vió también paseada solemnemente por las calles de la misma ciudad; el obispo electo Abad y Queipo, se refiere ya á ella en su famoso edicto de 24 de Septiembre de 1810; y Don Torcuato Trujillo, en su parte oficial de la derrota que sufrió en el Monte de las Cruces, el 29 de Octubre inmediato, alardeaba de que uno de los suyos, el Coronel López, había tomado "un estandarte de Nuestra Señora de Guadalupe, que venía en las sacrílegas manos de estos "infames", forma despectiva con que calificaba á sus vencedores.

Esta bandera guadalupana fué adoptada generalmente, como expresión de la idea que encarnaba el alzamiento de Dolores; pero solía variar en sus detalles, ya llevando ó no voces de guerra, bien en la diversidad de los colores del fondo sobre que aparecía la Virgen: en una carta dirigida pro Don Juan Ochoa al Virrey, el 22 del mes y año mencionados, hacía mérito el informante, de que "en la Vandera traen ("los insurgentes") pintada la Imagen de Ntra. Sra. de Guadalupe, Patrona de estos Reynos, y al otro lado un Santo Christo, diciendo: "Viva Fernando séptimo, Ntra. Sra. de Guadalupe: y muera el mal Gobierno de los Europeos"; el consabido obispo electo, contaba que á la bandera revolucionaria se le inscribió esta leyenda: "Viva la religión. Viva nuestra madre santísima de Guadalupe. Viva Fernando VII. Viva la América y muera el mal gobierno"; en una misiva que á 25 del memorable Septiembre dirigió Don Juan Antonio de Evia al conde de Casa Rul, le decía: "Traen éstos ("los insurgentes") en su estandarte á María Santísima de Guadalupe, y las inscripciones de viva Fernando VII"; en el parte detallado de la batalla de Calderón, se cuenta que el granadero Albino Fernández se apoderó de una bandera azul con aquella imagen, que portaba el Capitán insurgente Sánchez; y por fin, sin apelar á otros ejemplares, Bustamante refiere que entre las fuerzas del ejército de Hidalgo, que atacaron á Guanajuato, "de trecho en trecho se veían banderas de todos colores, que parecían mascadas, con una estampa de Nuestra Señora de Guadalupe en el centro".

Aparte de esa imagen, aunque no con igual extensión, se solía figurar en las banderas de los insurrectos el escudo de armas de los antiguos mexicanos. En la causa del ilustre Morelos, se le, que "Preguntado: Por dos vanderas que en la acción de Tamalaca se le cogieron, la una "con las Armas de México", y la otra con la Efigie de Nuestra Señora de Guadalupe, á efecto de que diga á qué cuerpos pertenecían: Respondió: Que son parte de otras muchas que se hicieron en Oaxaca durante el tiempo que estubo ally, y que no tienen cuerpo señalado en la jente que le acompañaba, y responde". Además, el famoso padre Mier describía así, desde Norfolk en Virginia, el 12 de Julio de 1816, la extraña bandera que portaban los buques de la escuadrilla de Aury: "es Mexicana, y es blanca con la orillita azul, encarnada, amarilla y blanca, y en medio el águila y el noval".

Irrechazable comprobante de la parte principal de estos puntos, es lo que sobre el particular declaró Hidalgo en su causa: pues expresó "que al pasar por Atotonilco, tomó una imagen de Guadalupe en un lienzo, que puso en manos de uno, para que la llevase delante de la gente que le acompañaba, y de ahí vino que los regimientos pasados, y los que se fueron después formando tumultuariamente, igualmente que los pelotones de la plebe que se le reunió, fueron tomando la misma imagen de Guadalupe por armas, á que al principio agregaban generalmente la del Señor Don Fernando Séptimo, y algunos también la Águila de México: pero hacia estos últimos tiempos ha notado que se hacía menos uso de la imagen de Fernando Séptimo... pero... también... la imagen de Guadalupe que al principio todos traían en los sombreros, al fin eran pocos los que la usaban".

Se ha pretendido por el Lic. Don Víctor José Martínez, demostrar que la bandera que usaron Hidalgo y sus sucesores, hasta que se formó el pabellón declarado nacional por la ley, fué de los colores azul y blanco "iguales, dice él, á los de la tenida por los aztecas antes de ser conquistados": aseveración que se endereza al intento de inferir que los insurgentes "debieron acogerse al pabellón relacionado", porque "simbolizaba la historia, la filosofía, el derecho, las creencias, y en resumen, la sociedad destruída por la conquista, cuya extinción se proclamaba".

Basta manifestar en sentido contrario, para nulificar tal supuesto, que la institución de las enseñas en los ejércitos mexicanos, fué debida, según Durán, á que Tlacaélel mandó á las tropas que atacaban á los cuextecas, en tiempo de Motecuhzoma Ilhuicamina, que cada "calpulli" llevara una bandera alta, con las armas del respectivo barrio, para que sirviera de señal á donde acudieran á congregarse ordenadamente los soldados revueltos en la batalla; pero si bien existían esas banderas de los barrios, en forma parecida al "signum" de los romanos, que ha asentado Clavijero, no había en México bandera nacional, como lo enseña el señor Chavero; y ni siquiera las de los barrios de México ó las de los de Tlaxcala, se encuentran señaladas con los colores blanco y azul; aunque bien pudieron éstos combinarse en los adornos de pluma que usaban los jefes y oficiales de cada escuadrón.

Por lo demás, cuanto á colores, no hubo ninguno especial adoptado con uniformidad en las banderas insurgentes, y todos ellos se usaron de manera promiscua; por lo cual no es extraño que aparezcan el blanco y el azul en alguna de las referidas enseñas. Ya se ha visto que Hidalgo nada dijo á ese respecto; que Bustamante se refiere á que las banderas, "que parecían mascadas", eran multicolores; y que las de los buques de Aury llevaban una combinación policroma. En la batalla de la Barca, se les quitó á los insurgentes, según el parte del oidor Recacho, una bandera negra; y las que alzaban los cuerpos del ejército que se organizó en Guadalajara y que fué deshecho en Calderón, no eran uniformes en nada, "sino que, como lo afirma el historiador Pérez Verdía, cada grupo formaba las suyas de diversas formas y colores".

Excepcionalmente, aun se vieron tremolar, en el campo de los defensores de la Independencia, insignias propias del ejército realista, como dos guiones y una bandera que pertenecieron á los regimientos de Celaya y Valladolid; y en alguno de los estandartes se vió también representado á San Miguel Arcángel.

Concluiré ya: hasta el 27 de Septiembre de 1821,—día de la entrada del Ejército Trigarante en México—fué cuando se usó por primera vez, de manera real y significativa, la combinación de los tres colores, rojo, blanco y verde, puestos esa vez en los arcos de flores, en las colgaduras y aun en las cintas y moños que llevaban las señoras, al solemnizarse aquel acto de regocijo; pero hasta el 7 de Octubre del mismo año, se previno que llevara el ejército la escarapela tricolor, y doce días después se dispuso que el pabellón nacional y las banderas del ejército, "deberían ser tricolores, adoptándose perfectamente los colores verde, blanco y encarnado, en fajas verticales, y dibujándose en la blanca una águila coronada", la cual corona desapareció, como era lógico, al ser proclamada la República.

Oscar Soto y Jalbén.

FEMINISMO EN ACCIÓN.

Vive aún; y como siempre fué muy dama y tiene parentesco con personas tan altas, y en rigor no hay necesidad de que se diga su nombre, lo callaré ó veré de disfrazarlo, pues así no habrá miedo de que nadie se ofenda ó enoje. La llamaré María, que es el nombre más común entre las mujeres, y que al mismo tiempo es muy bello.

María no necesitaba del prestigio de ser hermana del gobernador del Estado y prima del secretario del gobierno, para ser la mujer más cortejada y bien quista en todo Jalisco. Su tez morena, sus grandes ojos negros velados por rizada pestaña, su cuerpo provocativo y ondulado, su estatura procerosa y su voz dulce y maravillosamente timbrada, lo mismo cuando conversaba, que cuando decía ternuras, que cuando cantaba al són de la vihuela, le daban más partido que todas sus conexiones gubernamentales.

Algún día reeferiré las singulares aventuras de esta mujer extraordinaria, que puso por obra y trabajo á la vida los procedimientos de las "Valentinas" y las "Clelias"; hoy sólo narraré un caso suyo, que me contó con pelos y señales el coronel Avalos, testigo presencial y persona de veracidad indudable.

Por Marzo del cincuenta y nueve, salió de Guadalajara una de aquellas diligencias que echaban

quince días desde la capital de Occidente hasta la de la República, eran robadas quince ocasiones, sufrían quince mil percances, y dejaban á los pobres pasajeros, al término del viaje, más molidos y quebrantados que si hubieran caído al fondo de una sima termosísima.

Los viandantes eran los de siempre: un par de frailes que conducían jarros para hacer el chocolate, crucifijos romanos para bendecir á las gentes, despachos para los jefes reaccionarios y maldiciones para los chinacos; señoras de tápalos de tres vistas, con niños chiquitines, canastos maletas, jaulas con zinzontes cantadores, petacas con dulces, alguna planta rara en tiesto minúsculo y abrigos á qué quieres boca para toda la familia; señores de anteojos, capa, botas con cañón rojo que bufaban al menor movimiento del dueño; viajantes de profesión con ánfora de coñac al costado y pendientes, como tahalí, por enorme co- rrea.

En ese coche tomó asiento María, que pasaba á México á no sé qué comisiones. Apenas había andado el bando aquel unas postas, cuando el coche fué detenido por un golpe de militares, que embargó el vehículo, por tener los nuevos ocupantes que ponerse en día y hora fijos, en Lagos, á las órdenes de Miramón.

María no pidió permanecer dentro del carruaje, tampoco quiso salir de él: había tomado su pasaje, lo había pagado en buen dinero y no debía irse ni quedarse, si no la obligaban á una ú otra cosa.

Los militares eran como se acostumbaban en aquel entonces: blasfemos, groseros, ordinarios, puro en boca, olorosos á catalán, con "Lucinda" en el bolsillo, pronta á salir en cualquier tumbo de dados, sombrero tendido de copa baja, barba simulando selva virgen, ojos mirando al sesgo y manos velludas y llenas de mugre.

Hablaban á una, disputaban por todo, parecía que iban á hacerse pedazos en aquellos enojos, y declaraban que donde pintaban no borraba nadie; eran las figuras del fierabrás de la leyenda.

Sin respeto á la presencia de la joven, cantaban cosas que habrían hecho ruborizar á un lagartijo de Plateros, se reían en voz alta, escupían, decían ternos y amenazaban á los malditos liberales con colgarlos del palo más alto del monte que atravesaban.

Como era de rúbrica, vino la conversación de guerras y batallas.

—¿Dónde te dieron, compañero, dijo uno, esa herida de que tiene la cicatriz en la oreja?—La tal cicatriz provenía de una lesión recibida en guerra "civil": disputando con el suegro en una riña casera.

—¿Dónde había de ser, "compita", sino en el Sur, cuando fuimos con el señor General Santa-Anna? Cuatro años hará, el día de los santos Justo y Pastor, niños mártires, que me la dieron los pintos de Villalva.

—¿Luego estuvo en esa campaña, Coronel? preguntó otro.

—¡Que si estuve! Pregúntenlo á mi General Blanco y á mi mayor Robles, y verán cómo se portó allá Juan de Olmos. Desde que la pantera del Sur soltó su famoso plan de Ayutla por boca de Villarreal, hasta que me despedí en Perote del jefe, que estaba para embarcarse en Veracruz, anduve en esa campaña.

—Yo empecé más tarde, dijo el cuarto; empecé al lado de Don Antonio Haro, en San Luis.

—Yo, exclamó uno que había permanecido callado, con Vidaurri, en Lampazos.

—Y yo, dijo el que quedaba, con el cura Don Francisco Ortiga y García, en Zacapoaxtla.

—Pero desde entonces ya se han disparado tiros. En ese sitio de Puebla, hubo confitazos hasta dar gusto.

—¿Y qué me dice de la "Magdalena?"

—¿Y de "Tunas Blancas?"



SEÑOR MARQUES DE PRAT,

Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de España en México, acompañado por el Sr. M. Escudero., Cónsul del mismo Reino.

En aquel momento, la diligencia entraba en el Monte de los Cuartos. Los mezquites se multiplicaban, se entretejan, se cerraban el paso unos á otros; las ramas penetraban dentro del coche, arañaban la boca, se enredaban en la cajuela, clavaban sus espinas en la balija, sonaban como invisibles nidadas de insectos en el techo.

La noche con sus manos de sombra, invadía el coche, quitando la viveza del tono á los zarapes, opacando los galones y las armas, impidiendo distinguir las fisonomías.

Alguien encendió un fósforo é iluminó la faz enérgica de María, que iba con los ojos bien abiertos cogida de una de las correas de la diligencia; la frente calva del de la cicatriz, á quien por cierto le tenían puesto el remoquete de "Barranca seca", á causa del chirlo; la boca abierta y la carofla congestionada de uno que dormía, apoyada la espalda en la correa de enmedio, y que se iba de un lado para otro con los balanceos del vehículo; y los movimientos de uno que fumaba un puro de á seis de quijada, de los llamados de zapatero, por recortados.

Todos habían guardado silencio; pero al conjuro de la menguada lucecilla, y me atrevo á decir, qua al de varios tragos que se habían dado á las trigüeñas que abundaban, las lenguas se destrabaron y siguieron las fanfarronadas.

—Se acuerda, García, de cuando nos vimos en Toluca, que llevaba yo unas comunicaciones del padre Miranda, y que me burlé de Don Plutarco González?

—No me he de acordar, amigo Martínez; usted tenga presente cuando nos encontramos en Salamanca.

—Yo fui quien mató á Pepe Calderón.

—Qué bonito Coronel, ¿verdad, jefe?

—Yo llevé el recado de Osollos al cura de Salamanca: que si no enterraba en sagrado al difunto Coronel de las caballerías liberales, lo enterraría á él (al cura) en la sepultura que habían he-

cho para el otro... Sólo así consintió en el entierro.

—Ese Osollo era templado.

—¡Qué fibra!

—¡Qué resolución de hombre!

—Yo le vendé su brazo cuando lo hirieron.

Si el valiente de Osollos viviera,
No estarían los «puros» así:
Los arroyos de sangre corrieran
Y verían lo que era sufrir

cantó una voz aguardentosa. Entonces, como por ensalmo, todos se soltaron tarareando la chabacana cancioncilla.

Viva, viva Joaquín Oribeña,
Su segundo Miguel Miramón;
Mueran, mueran los «puros» malditos
Y que viva nuestra religión

Aquí llegaban los valientes, cuando oyeron unos golpes en el techo de la diligencia, que los hicieron callar más que de prisa: eran los golpes con que el sota anunciaba la "pela".

Casi al mismo tiempo, se oyó una descarga y muchas voces que gritaban:

—En nuestras manos cayeron, "mochos".

—"Azorrillense", militaritos de banqueta, que no saben más que caminar en la línea.

—Ahora verán lo que es amar á Dios en tierra ajena, bellacos.

—A ver si tienen el fin de Adu- na y Drechi; indecentes.

Los aludidos, que comprendieron habían caído en manos de "hacheros", más que de prisa echaron pie á tierra, el mayoral y el sota dejaron sus asientos, y los caballos, como hechos á tales trances, se estuvieron quietos.

Se acercaban ya los asaltantes, cuando los detuvo un tiro, luego otro y después otro más que salían del coche. Los disparos eran ciertos; la mano que los enviaba, diestra y firme; los estragos que hacían, considerables.

—Entrenle, muchachos, se oía una voz; entrenle que son pocos. ¡Viva

la federación! ¡Viva el supremo gobierno!

Al fin los tiros cesaron, y á la luz de los hachones de que iban siempre provistos los cocheros, se vió á un hombre grueso, barbado, de tez blanca y magníficos ojos negros, que se acercaba en un caballo cuatralbo.

—Bájelos á todos; ahora verán quién es Antonio Rojas y cómo no se porta mal con los valientes.

Abierta la portezuela, no salió sino María, con una pistola humeante en la mano derecha.

—Al que se me acerque, le vuelo la tapa de los sesos, dijo con resolución.

Echó pie á tierra con toda calma Don Antonio, se llegó sombrero en mano ante la muchacha, y le dijo:

—Yo me acercaré, señorita; pero será para felicitarla por haber sido más hombre que estos maricas—y señaló á los militronches que estaban "azorrillados" á la vera del camino. Me parece reconocer en usted á la hermana del señor General O...; pero no necesitaba de esa recomendación ante mí quien tiene la de su valor. De casta le viene al galgo el ser rabilargo... Pase usted al coche y nosotros la escoltaremos.

Y ese día vieron los habitantes de Tepatitlán un espectáculo peregrino: una diligencia que conducía una linda muchacha sola y su alma, muchos "chinacates" de blusas rojas rodeando el coche, y seis militares á pie y entre filas.

Los temerones perdieron sus equipajes y sus armas, que habían servido á María para defenderse; la valiente joven nada dejó en manos de los bandidos, porque la respetaron como debían.

Alfaro Alvarez

EL MEJOR MEDIO DE CURAR.

Nueva Panacea Universal.

Si yo fuera magnate, rey del petróleo, demos por caso, gobernante—candidatura que desde luego renuncio—ú hombre distinguido en cualquier línea, y tuviere la desgracia de caer enfermo, lo primero que hacía era ponerme anteojos azules, barbas postizas, ropas vergonzantes, alquilar una accesoria, y hacerme curar de "incógnito".

No lo digo por McKinley, ni por Garfield, ni por Federico el Noble, ni por nadie en particular; sino por las circunstancias y peculiaridades que median en el diagnóstico, pronóstico y tratamiento de las enfermedades de los grandes hombres y de las personalidades distinguidas.

Cuando un pobre diablo enferma y "cae" en el hospital, el médico que lo asiste lo mira como un "caso". Libre de espíritu, sereno de corazón, ajeno á preocupaciones accesorias y á consideraciones extrañas; sin familia que, llorando á la cabecera del enfermo, lo conturbe; sin saber á quien va á hacer falta el paciente, qué incolmable vacío puede dejar en la ciencia, la banca, el gobierno ó la sociedad, el médico explora con sentidos lúcidos, diagnostica con lógica serena, pronostica con previsión fría, instituye tratamiento con valor estoico, opera con pulso firme, y "sin rencores por el pasado ni temores por el porvenir", realiza curas maravillosas.

No bien el paciente ocupa una posición social cualquiera: Juez del Registro Civil, empresario de Circo, y con mayor razón cuando es ministro, millonario, gran capitán ó cosa semejante, las cosas cambian de aspecto y comienzan á tomar mal cariz. Llamado á la cabecera de un grande hombre, el médico siente en el acto la pesadumbre inmensa de su responsabilidad; sabe que tiene en sus manos la suerte y el destino futuros de una institución, de un pueblo, de la humanidad, acaso. Aquella lucidez, aquella rectitud de criterio, aquel ímpetu tan necesario á veces, aquella calma olímpica y aquella taimada prudencia á que debe sus mejores éxitos y sus más gloriosos triunfos, se ofuscan, se tuercen, se atenúan, se desvirtúan, y al llegar al campo de batalla, el general que ha de librarla, cohibido, indeciso, incierto, ni acierta con la maniobra decisiva, ni emprende el ataque á fondo, ni se atreve á esperar, ni osa combatir.

El ejercicio de la medicina es lo más complicado, difícil, escabroso y aventurado que pueda darse. Rara vez se conoce el terreno que se pisa; los medios de acción son por lo común inciertos; la brújula suele ser loca ó tener invertidos los polos; el itinerario, en la generalidad de los casos, está equivocado. Para llegar á la meta, son necesarias y apenas bastan todas las facultades humanas, físicas, intelectuales y morales, y una masa agobiadora de conocimientos y de experiencia.

La menor causa perturbadora del criterio, el temor, el afecto, la admiración, es bastante á paralizar ó á inutilizar las aptitudes del práctico. Esas madres que se arrojan á los pies del médico implorando la vida de sus hijos; esas esposas que lloran é imprecán en nombre de la felicidad y del pan de la familia; esos grupos de amigos políticos ó de asociados que interpelan y que pintan cuadros siniestros en la hipótesis de un desenlace funesto, no se imaginan cuanto daño hacen indirectamente á su enfermo, conturbando con sus gritos, sus sollozos, sus considerandos y sus temores el ánimo del médico.

A mayor abundamiento y cuando de hombres eminentes se trata, un nuevo factor de perturbación interviene: la cura en comandita y hasta por sociedad anónima. A la cabecera de los ricos y de los poderosos, se ven siempre seis ó más médicos. Al sistema ejecutivo y militar que la lucha contra el mal impone y exige, se substituye un sistema parlamentario, en que la discusión predomina sobre la acción, en el que á veces luchan unos contra otros, las doctrinas y los sistemas, en el que, por regla general, no acaban por imperar sino los medios de conciliación, las transacciones, los métodos mixtos. Uno quiere operar y otro esperar; pues la junta adopta un temperamento, y ni opera ni espera sino á medias; éste quisiera los tónicos y aquel los debilitantes; y acaba por adoptarse una medicación tónico-debilitante, que ni es carne ni es pescado. Donde se



SRES. CONDES DE STADNICHIN Y KIELMENSEGUY.
Secretarios de la Legación de Austria Hungría.

necesitaba un vejigatorio se llega apenas al sinapismo; donde urgía sangrar, se aplica una simple ventosa. Se habla de cloroformo y no falta quien exclame: ¡Pues qué! se aplica cloroformo así, como quiera, á un hombre superior!

Y luego, los tratamientos anónimos, clandestinos y de contrabando: la vieja comadre que trae una untura; el amigo de la sierra que acude con yerbajos; el empírico que desliza su panacea; la parienta experimentada que ha visto mucho y curado más aún, con aguas de aquí ó raíces de más allá.

Todo esto acaba por hacer imperar el caos al rededor del infeliz paciente. La familia pide un medicamento para cada síntoma; se llama al médico diez veces al día y ha de recetar en cada visita. Si á las cuarenta y ocho horas no hay mejoría, se llama á otro facultativo. A veces, las familias hábiles tienen dos médicos que se ignoran y que van á horas distintas; compulsadas las recetas, se escoge á ojo de buen cubero, y se aplican las píldoras del uno en combinación con las cucharadas del otro. Nada de esto obsta para que si el enfermo sucumbe, sea siempre el médico quien lo ha matado.

Con los hombres eminentes pasa cosa peor. Todos sus partidarios y sus protegidos, todos cuantos tienen en el grande hombre vinculado un interés ó un afecto, opinan, discuten, sugieren, llevan médicos, medicinas, panaceas, instrumentos, utensilios y aparatos. Con su zumbar de colmena, su ir y venir de esterminios atolondrados, perturban, inquietan, alarman, distraen é incomodan. Imposible seguir el hilo de una idea, ni llevar á cabo la secuela de un tratamiento, ni perseverar en un método curativo. Al parlamentarismo sucede la anarquía, y el paciente, que hubiera curado en buena y debida forma, en una sala de hospital ó un cuarto de vecindario, sucumbe bajo los artesanos de su palacio, rodeado del numeroso círculo de sus amigos y parientes.

Hay algo superior á la antisepsia, á las inyecciones de Pasteur y de Roux, el complicado material y el formidable arsenal de la medicina y de la cirugía modernas; hay un medio más seguro de abreviar las enfermedades, de atenuar las enfermedades y de escapar fácilmente á la muerte, y

éste consiste en que nadie sepa cuándo cae uno enfermo, en que el médico asistente sea uno solo y que nunca sepa quién es su enfermo. Y es probado.

S. M. Marco



SOBRE LA PLAYA.

De L. Villeneuve.

Mar de bullentes olas: yo te adoro
Cuando ruges del golfo en la negrura,
Y cuando chocas en la cresta dura
Buscando un eco á tu cantar sonoro.

Yo te adoro rendido cuando el oro
Del sol naciente en tu cristal fulgura,
Y cuando en brazos de la noche oscura
Rimas en las arenas dulce coro.

Te adoro si, vistiéndote de armiño,
Te meces cual la cuna donde un niño
Compendia amores santos y fecundos.

Pero te adoro más cuando batallas
Y muriente te estrellas en las playas
Gimiendo como el alma de los mundos!

M. R. Blanco-Belmonte.

SU RETRATO.

¡He visto su retrato! Eso me basta
para saber que en su mirada casta
se refugiaba, al expirar, el día,
y que sus labios lánguidos y bellos
estaban siempre tristes, porque en ellos
de otra existencia la nostalgia había.

Aquella frente suya de madona,
hecha para ceñir una corona,
me produjo no sé qué desconuelo,
y su imagen miré llena de encantos,
como miran los niños á los santos
ó se contempla por la tarde el cielo.

El mirar su retrato da tristeza;
sin saber que ella ha muerto, se le reza;
y ¡ay! al saber después que ya no existe,
quédase el corazón mustio y sombrío,
pareciéndose al mármol, en lo frío,
y al otoñal crepúsculo en lo triste.

B. BYRNE.

BESOS TRÁGICOS.

¡Oh, Paolo; maldito, mil veces maldito!
No sabe tu hermano, señor de Francesca,
que mientras reposa, con afán precito
los besos consumes de la boca fresca.

Francesca de Rímimi, ¡mil veces maldita!
Desprendes temblando del dormido esposo
los brazos inertes, y vas, Afrodita
que busca en las sombras el lecho incestuoso.

Protervos amantes que con ansias locas,
violando deberes, de la tierra lejos,
pedís la exquisita dulzura á las bocas
y encontráis en ellas del dolor los dejos.
Doquier os persigue tenaz la conciencia
y el torvo fantasma miráis de Lancioto;
mas brotan los besos con nueva violencia
barriendo fantasmas cual hojas el noto.

¡Oh, amor doloroso, que es fuente infinita!
Romped vuestros lazos, estad más alerta.
Con sueño de fiebre dormís, y la cuita
ya muerde al esposo que airado despierta.

Sorprende Lancioto su engaño y su suerte;
levanta el acero con mano segura
y clava el abrazo; y junta en la muerte
por siempre los cuerpos que unió la locura.

De púrpura fluye caliente reguero;
los ojos se nublan, los ósculos cesan...
sólo las heridas que abriera el acero
con labios de sangre se besan, se besan!

Delio Moreno Cantón.

La apertura de las Cámaras Legislativas.

La tarde del día 16 del mes en curso, las Cámaras legislativas de la Unión, abrieron su nuevo período de sesiones, y en la solemne primera reunión, el señor Presidente de la República rindió su mensaje acostumbrado, obedeciendo á la ley que así lo ordena.

Ya la prensa diaria comenta extensamente el importantísimo mensaje, y pone de relieve la feliz situación porque atraviesa la República.

El acto solemne de que el señor Presidente de la República Mexicana, se presente ante los legisladores para darles cuenta de los pasos administrativos, reviste siempre un carácter grandioso, que en esta vez se hizo más palpable por la asistencia de numerosísimo público, que concurría lleno de interés á conocer, de los propios labios del ilustre Primer Magistrado, la marcha próspera que la Nación sigue, amparada por el tacto del estadista y la bienhechora influencia de la paz conseguida.

El mensaje presidencial ha sido publicado por los diarios, y ya todos los habitantes de la República lo conocen, y es indudable que lo aplaudan, como lo aplaudió el pueblo que concurrió al acto de que hacemos recuerdo.

Damos á nuestros lectores una instantánea de la tribuna, tomada en los momentos en que el señor Presidente de la República leía su mensaje.

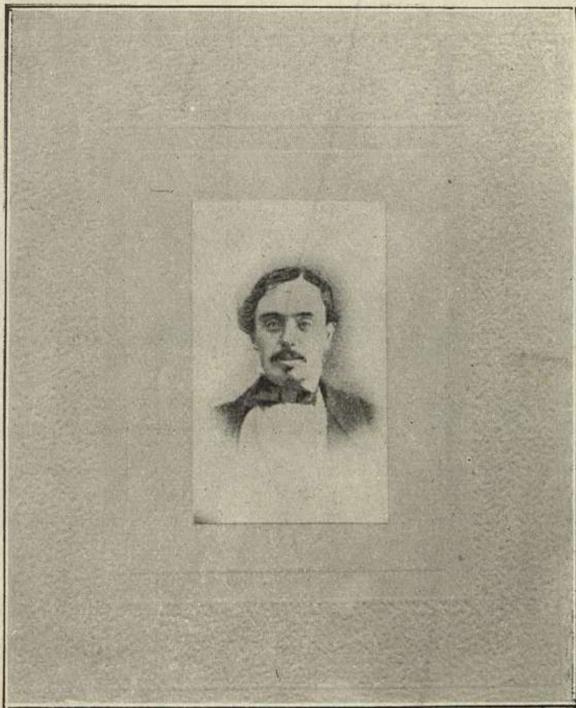


El Sr. Presidente de la República leyendo su mensaje.

FRANCISCO GONZALEZ BOCANEGRA.

Un homenaje de póstuma alabanza, fué tributado al ilustre poeta Francisco González Bocanegra, autor de las estrofas del Himno Nacional.

El Ayuntamiento, en nombre de la ciudad, organizó una significativa ceremonia, que se efectuó ante la tumba del inspirado bardo, la mañana del 17 del mes en curso.



El poeta Francisco González Bocanegra.

Conmover fué el acto, al que estuvieron presentes Don Jaimé Nunó, autor de la parte musical del Himno, y la distinguida escritora señorita Doña Emilia Puga: él, colaborador del poeta; ella, una de las más fervientes admiradoras de Bocanegra, é iniciadora del póstumo homenaje tributado al poeta.

Bocanegra perteneció á la pléyade de los escritores de su época, entre los que descuellan Sánchez de Tagle, Segura, Argüelles, Roa Bárcena, Lacuza, Arróniz y Ortiz, y otros que han dado lustre á las letras nacionales, ya como periodistas, ya como poetas, ya como escritores.

Fué González Bocanegra de los que frecuenta-

ron las Academias de San Juan de Letrán y el Liceo Hidalgo, que han sido de los primeros centros de reunión de nuestros literatos.

Es curiosa la manera con que, según se narra, se obligó al poeta á entrar al concurso abierto para el Himno Nacional: "... habíase ya dado á conocer González Bocanegra como poeta cívico, leyendo repetidas veces composiciones suyas en las fiestas patrióticas, particularmente en las dos conmemorativas de la Independencia, de 16 y 27 de Septiembre, que por aquel entonces eran por igual celebradas. Esta consideración, por una parte, y por otra, el serle bien conocidas á Doña Guadalupe Pacheco las muchas composiciones del poeta á ella misma consagradas, movióla á hacer que éste entrara en el concurso para el Himno. Como ella viese que después de varios días de publicada la convocatoria, permanecía González Bocanegra retraído y que, por mera modestia, reiteradamente se negaba á tomar parte en el certamen, un buen día dispúsole á su marido en una pieza apartada del resto de las habitaciones, los útiles necesarios para escribir; y habiéndole hecho entrar á la misma pieza con cualquier pretexto, poco antes de la hora de tener que marchar á la oficina, encerróle con llave, advirtiéndole que no le abriría mientras no escribiera los tan anhelados versos. Así estrechado Bocanegra, púsose "incontinenti" á trabajar, y á las pocas horas hacía que llegase á manos de la señora, por debajo de la puerta, la composición terminada, recobrando su libertad á tal precio. Tuvieron lugar los sucesos referidos, en la casa número 6 de la calle de Santa Clara; y la composición que allí escribióse fué la que, entre más de veinte, alcanzó la primacía y pasó á ser nuestro Himno guerrero, obteniendo para ello el voto favorable de literatos del saber y nom-

bradía de Couto, Carpio y Pesado, encargados, como se sabe, de fallar sobre el punto.

La fosa que guarda los restos del poeta, se encuentra situada en el llamado segundo patio del Panteón de San Fernando, no distante del mausoleo del Patricio Juárez, aunque separado de éste por un muro.

Es una gaveta y está á un metro, aproximadamente, del pavimento. Tiene una lápida de mármol, cuya inscripción dice así: Francisco González Bocanegra.—Abril 11 de 1861.—R. I. P.

Los restos del poeta serán trasladados próximamente y con toda pompa, al Panteón Municipal.



La gaveta donde están los restos de González Bocanegra, adornada para la ceremonia del día 17.



"El cielo de los cielos en un hijo:
Este es el paraíso de la tierra."

Cuadro de Alma-Tadema. (de la R. A.)

LA SEGUNDA RESERVA DEL EJÉRCITO.



Grupo de oficiales reservistas con sus jefes, en el patio de la Presidencia. [Palacio Nacional.]

Las Fiestas de la Patria en un barrio.

Pocas, muy pocas fueron las diversiones, propiamente dichas, que se efectuaron, en los días 15 y 16 del mes en curso; pero una de las más agra-

triz Serna, Felisa Gómez, Victoria Zimbrón, Carlota Negrete, Elena y María de Jesús Betancourt, María y Amada Oropeza, Serafina y Emilia Cubas y Rojas, Consuelo Arellano, Concepción Corona, Manuela Chapital, Amelia Sánchez Vallejo, Eloísa Corral y Nieves Maitorena. Tanto la "soberana" como las damas de su corte, vestían hermosos trajes, y fueron obsequiadas por la junta organizadora con bonitos "bouquets".

Los concurrentes al torneo, encontraron en el acto una agradable novedad. En el alambre que sostenía los "carretes", se pusieron tantos listones como señoritas se encontraban en el palco, siendo todos los colores distintos.

Los premios, consistentes en grandes moñas de seda, correspondían, por el color, á las cintas, y se distribuyeron entre las señoritas, de manera que cada una de ellas otorgara un premio.

Hubo un premio para el que obtuviera mayor número de recompensas, y otro para la máquina mejor adornada, consistentes en un reloj de fansía y una panoplia. El de honor, estaba destinado para el ciclista que sacara la cinta de los colores nacionales.

Los vencedores en las carreras, fueron los señores siguientes: Aurelio Uría Alonso, que sacó una cinta rosa y una carmesí. Jesús Albarrán, una plomo y dos azules. Blas Vanegas, una amarilla y una plomo. Enrique Hernández, una café. Custodio Llanos, una blanca y una verde.

Domiciano Cuesta, una lila, una amarilla, una rosa y una azul pálido. Luis Manuel Loera, una rosa. Manuel E. Tovar, una rosa y una granate. Manuel Lobato, una negra. Celso Márquez, una azul. Francisco Oropeza, una verde.

El señor Cuesta sacó también la cinta correspondiente al premio de honor: una moña azul pálido con inscripciones en letras de oro.

Al ser conducidos los vencedores al palco, para la imposición de las recompensas, las señoritas los recibieron con una lluvia de confetti, y eran saludados con ruidosos aplausos.

La mayor parte de las máquinas estaban adornadas con lazos y lienzos de vivos colores, simulando en la parte de las ruedas "plisses" del mejor efecto. La bicicleta del señor Cuesta lucía un adorno floral de muy buen gusto, sobre todo en el pie del manubrio, donde se veían, artísticamente combinadas, flores de distintos matices.

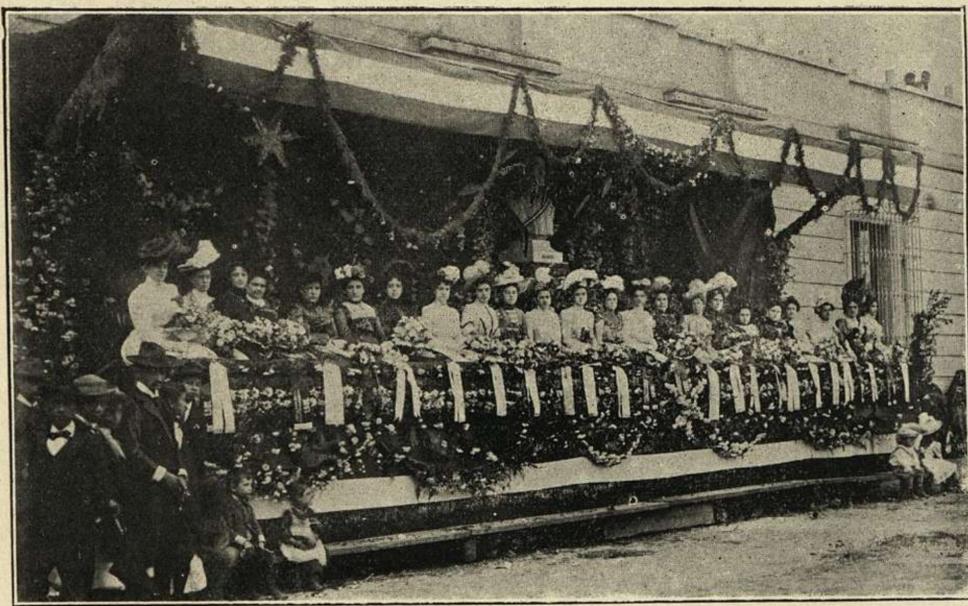
El premio señalado para el ciclista que obtuviera más recompensas, se adjudicó al señor Cuesta, así como el que se destinó á la máquina mejor adornada.

En el torneo, tomaron también parte, las señoritas Elena Fernández y Amparo Martínez del Campo, que montaban un triciclo, y Asunción y Sara Méndez, en bicicleta.

La diversión resultó verdaderamente agradable, y nos satisface consagrarle un recuerdo en las páginas de "El Mundo Ilustrado".

Además, es la primera vez que en la 1a. Demarcación se organiza una fiesta semejante.

Nuestras fotografías representan el palco de las reinas y el grupo de ciclistas premiados.



La reina y su corte.

dables y digna de mención, fué la de las carreras de "cintas", en bicicleta, que organizó la 1a. Demarcación de Policía, y que hubo de llevarse á efecto la tarde del día 16, en la extensa plazuela del Carmen.

Esta fué, sin duda, una de las notas más brillantes de los festejos, en los días de la Patria, tanto por el éxito alcanzado, como por el arreglo de las carreras.

Hacia el extremo Norte de la plazuela, se levantó el palco ó templete que debían ocupar la reina y su corte. El palco, revestido de lienzos rojos, lucía una decoración floral de magnífico gusto, tanto en el fondo como en la balaustrada, que desaparecía bajo multitud de dalias, claveles y festones.

Como reina de la fiesta, presidió las carreras la señora Amelia Monterde de Torres, á quien acompañaban las señoritas Lozano, Luz y María Luisa Quintana, María Unanue, Carmen Ortigosa, Bea-



Los ciclistas premiados.

LOS "INDIOS VERDES."

Como lo reclamaba el embellecimiento de la ciudad, aquellas dos pesadas figuras que se erguían á la entrada de nuestro hermoso Paseo de la Reforma, y que el público dió en señalar con el nombre de "indios verdes", han desaparecido. Se les ha mandado á la orilla del clásico canal de la Viga, para que las aberraciones de estética de que adolecen, sólo pueda retratarlas el agua negra.

Ya era preciso. Los "touristas" se sorprendían de encontrar frente á frente una estatua famosa, la de Carlos IV, y dos horrendos figurones, que intentaban representar la inmaculada raza de Cuauhtemoc. Entre éstos y aquélla, existía todo un abismo de arte, en que la sátira se vertía con implacable justicia.

Los "indios verdes", de gruesa macana y manto de burda piel, ceden su puesto para que se levante en el lugar que ocuparon durante algunos años, otras estatuas en que el arte se manifieste en toda su esplendidez.

El Paseo de la Reforma ganará mucho con la corrección emprendida. A pocas centenas de metros del lugar donde se encontraban los "indios verdes", el paseante veía erguirse con su hermosí-



sima sobriedad, el monumento del último de los emperadores aztecas. El valiente indio, de cara á la ciudad, con la flecha en alto, tal cual si se aprestase á defender la regia morada de sus antepasados, que se asienta en las rocas del cerrillo de Chapultepec, produce una impresión profunda, muy grata para la idea de altivez que lució la india raza. La estética queda en su augusto puesto, y el amor del pueblo por el gran pasado, se sublima.

No así junto á los fríos pedestales le mármol negro, mármol de las tumbas,—y tumbas del arte parecían—donde se levantaban con su "enfermedad" atlética los "indios verdes".

Allí, para que el espíritu no protestara, era preciso reir; era un chascarrillo al pie de la columna que finge el aristocrático paseo.

Como un recuerdo curioso, publicamos una instantánea, tomada en el momento en que uno de los "indios", cargado de cadenas y de cables, desciende de su marmóreo pedestal.

Por algún tiempo, quedará la entrada al Paseo de la Reforma, sin adorno alguno; pero, para llenar esa falta, hay muchos proyectos que se estudian á conciencia, contándose entre ellos, la translación de los Angeles de Triunfo que coronan los detalles de las puertas laterales del Palacio Nacional.



EL "SUBE Y BAJA."

El diálogo de las tumbas.

Á DON JOSÉ ECHEGARAY.

En el fúnebre y lívido paisaje, donde salta el panteón blanco y austero, la luna riega mortecinos lampos, que platean la sombra del follaje, brillan sobre la arena del sendero y huyen después á los vecinos campos. Parece que la luz se acobardara al romper en la tumba: es como el riego de un agua pura, refrescante y clara, en un campo de sed que es todo fuego. ¿Por qué tiembles, oh luna misteriosa? ¿Por qué pareces vacilar? Tú acaso no eres un astro muerto? Ama la fosa: desata tus collares cristalinos sobre las tumbas; y con firme paso, cruza, por la alameda de los pinos, que fingen ayes de crujiente raso...!

Alineadas las tumbas, ora abiertas como bostezos de hambre, ora cerradas como ojos de pereza, siempre juntas, bóvedas son á cuyas anchas puertas se asoman de la luna las miradas, en busca de las vírgenes difuntas...

Acaba de morir la Ofelia casta, de alma de cera y juventud de lumbre: ¿quién el cirio apagó? Pasión nefasta con soplos de huracán. Fué una ansia loca que arrojó un corazón, desde la cumbre á la profundidad, como una roca...

Dulce Ofelia, ¿en qué sueñas? ¿En la vida? Torna á la realidad, salta, despierta: tal como hablabas al soñar dormida, debes hablar también soñando muerta. ¿Qué Hamlet criminal y pensativo te ha sepultado en su alma taciturna? ¿A dónde está quien apagó tu aliento con su aliento mortal? ¿Acaso vivo...?

Rasga el silencio de la paz nocturna un suspiro, un rumor, un hondo acento, que viene á tí desde lejana urna, como confiado á la piedad del viento...

Es su voz! Es la voz del asesino, implorando perdón! Y se oye apenas, como si se tardara en el camino toda una eternidad...! Es clamor de ola, que, rompiendo en su límite de arenas, se esfuerza por gritar.—No, no estás sola...!

¿Qué respondes, Ofelia, qué respondes á ese grito de horror? ¿Por qué te escondes, como una flor que pliega su corola? Tienes miedo tal vez... ¿Qué puede hacerte? Repulsión, odio... No, no sabes de eso! Hoy tú no eres más débil, ni él más fuerte. Dobleados estáis al mismo peso... Y un arma tienes: tu virgínea palma. El penetró en tu vida, con la muerte; pero no pudo penetrar en tu alma...

Oye su voz y dile tu reproche, que, entre la paz de la callada noche, en la que apenas el follaje zumba, tendrás, cediendo á su postrer instancia, mientras el viento borra la distancia, un diálogo con él de tumba á tumba...

—No, no estás sola, Ofelia! Eras mi vida, y contigo acabé... Pero, despierta; que es lo mismo estar muerta que dormida...

—Dormida, para Dios; para tí, muerta!

—Tenme piedad y escúchame un instante, el instante fugaz que nos separa de la justicia eterna... Delirante como nunca, corrí tras de tu huella; y, al mirarte volar, con mano avara cogí tu vida y me escapé con ella! Robé tu vida así; tú me robaste

el corazón que es más. Ya sé que he sido la sombra de tu sol; y si el contraste resaltar hace más el bien perdido, más saltará tu mérito, que asombra y seduce á mi espíritu, afligido y orgulloso á la vez de ser tu sombra...

—Mas por qué deshojar la flor temprana antes que rompa su cerrado broche?

—La rosa sólo vive una mañana por salvarse del hielo de la noche! Ah! si hubieras sentido un sólo instante la sed de fuego, el ansia delirante, que mi lóbrego espíritu sentía, mayor angustia desgarrase tu alma que la angustia fugaz de la agonía, tras la que vino tu perpetua calma. Duele así la inyección de adormidera, que, si hiere la piel, infunde sueño reparador al fin: mas suerte fiera es la del infeliz que desespera, y desvelado en excitante empeño pasa sin descansar la noche entera... ¡Qué horrible es el dolor, cuando perdura y se goza en matar así las galas, una tras otra, en siglos de amargura...! ¡Nada importa el dolor, cuando tiene alas, Hoy gozas de la paz. ¿No oyes el grito de eterna lid de los humanos seres, que conturban la paz de lo infinito? Te libré de la vida: ¿qué más quieres...? La vida es el dolor: la mejor parte, del dolor siempre fué. ¿Mas, tú quién eres para saber de la revuelta sirte del pesimismo arrollador? Tú mueres, como viviste, sin por qué. Yo el arte sé en cambio del dolor. ¿Quieres medirme con la vara del mal? Mira tu huella: y fíate después en la falacia de la vida... ¿La ves? Repara en ella: te creías feliz, porque eras bella; y tu felicidad... fué tu desgracia!

—Es que yo era feliz, porque en mi pecho á espiritual amor prestaba abrigo...

—¿Pero el rico, oh mujer, tiene derecho de insultar con sus pompas al mendigo? Cuando la ley de la armonía irradie, como un sol, en las cumbres de la idea, podrá gozarse el bien que se desea, si gozar ese bien no daña á nadie! Tu bien era mi mal. Si fué egoísmo arrastrarte hacia mí ¿también no lo era en tí, vivir sin reparar siquiera un punto en mi pasión? Era lo mismo. ¿Qué mal era mayor? ¿Qué alma más fuerte? ¿Cuál pudo ser la senda preferida: la paz reparadora de tu muerte ó la lucha angustiada de mi vida? Y ya que estás en la mansión serena, ya que plegaste por la fuerza el ala, confíesame: la muerte menos buena es mejor que la vida menos mala...!

—¿Oh Hamlet! ¿y tú hablaste de armonía? Deja que tras de tí mi rumbo tuerza y que te arrulle, ante la suerte mía, que nadie quiere el bien, cuando es por fuerza...

—¿Y yo por fuerza no te amé? Y acaso la fuerza no es el título de muerte, con que Naturaleza va á su paso arrollando á los débiles? El fruto vale más que la flor, porque es más fuerte porque tiene más vida: así es el bruto, así es el hombre, así. ¿Qué bestia insana pudo hacer lo que yo: matar por celo y matarse después? Es que mi anhelo tiene una fuerza superior: la humana!

—Perdona; oh Hamlet! que saber pretenda el ardor, el afán, el vivo fuego, que te empujó por la terrible senda ciego de amor...

—Es que el Amor es ciego! Te amé, te quise mía; y como tu alma era ya de otro amor, pensé en la calma de los sepulcros, y cedí mi suerte, cual cede al viento la marchita hoja;

y á modo de Colón hacia otro mundo, quise arrojarme al seno de la muerte, desde mi juventud, como se arroja el ágil nadador al mar profundo... Ya que era refractaria el alma mía á la flor de los locos entusiasmos, tuve sed de gozar en mis espasmos la voluptuosidad de tu agonía... Te maté porque sí: fué tu destino. Ofrecerte mi vida era muy poco: quise ofrecerte más; me sentí loco; y te ofrecí mi honor: fuí tu asesino! Así lo quiso nuestra infausta suerte: para siempre apartados en la vida ó para siempre unidos en la muerte... Y si culpable fuí, no lo fuí en vano: que al empuñar el arma del suicida me hice justicia con mi propia mano...

—¿Pero no te arrepientes? No te llena de zozobra ese Dios, que acaso escucha cómo conturban la mansión serena las desgarradas voces de tu lucha?

—Miedo, por qué? Sorpresa del alegría; puesto que en nada mi razón creía y me encuentro que hay Dios. Es lo que siente el mendigo, que huyendo maldiciente del vano ruido del festín sonoro, por las escuetas calles, de repente ve brillar en el suelo un disco de oro... Dios juzgará. Filósofo elocuente en breve frase mi razón encierra: amarse y generar es solamente perpetuar el dolor sobre la tierra... Hallé del griego el epitafio impío quien el misterio de mi tumba viole: ¡Oh qué felicidad, si el padre mío hubiera muerto, como yo, sin prole...! No en vano hasta Satán, ya que lo veo acercarse hacia mí, razón me muestra; pues si en medio al ardor de su deseo y si en medio al fragor de su palestra, óyese el ¡ay! de un hijo, en su locura no sabría qué hacer: Dios lo maldijo; pero entre su indecible desventura, no aumentó su dolor con el de un hijo...!

—Calla, calla por Dios!

—Ofelia amada, no estás sola: aquí estoy...!

Era ya hora de que en la obscuridad, cual carcajada en medio de un dolor, saltase Aurora. Aurora. Allá en los límites distantes, que de visiones el misterio puebla, rompieron á temblar los vacilantes diálogos de la luz con la tiniebla. La luna, como Ofelia, se moría llena de palidez, lánguidamente, copiando, en su agonía, la agonía de la marmórea virgen inocente... Rumoreaban los árboles. Las aves trinaban en el hueco de las fosas. Soplaban brisas de perfumes suaves, llevándose y trayendo mariposas...

De pronto, en la capilla, entre la urna, donde yace un Jesús de la agonía, al desgarrar la lobreguez nocturna, espántase la luz del nuevo día; porque, saltando del recinto estrecho que sujeta sus miembros mal ligados, el Cristo, en medio de una paz que arredra, sentado se halla sobre el duro lecho, mientras que de sus ojos entornados deja rodar dos lágrimas de piedra...

¿Por qué llora, por qué? Toda la noche oyendo estuvo el diálogo elocuente; y á las últimas frases que, en derroche de luz y sombras, desató el demente, sintió acaso nublar la conciencia, porque pensó, con alma arrepentida, que debió haber dejado descendencia como ejemplo de amor para la vida...!

José Santos Chocano.



ACTUALIDADES CIENTIFICAS.

BERTHELOT.

Francia, que se enorgullece con haber contado entre los grandes hombres del siglo XIX, á un bacteriólogo como Pasteur, se siente también orgullosa de contar entre los químicos contemporáneos, á un hombre de labor y de ciencia, como Berthelot, que durante media centuria, ha dedicado todas las energías de su voluntad y todos los esfuerzos de su inteligencia, á los más arduos estudios de la Química.

Berthelot, puede decirse, nació para vivir en el laboratorio, una vida de investigación constante, y de sumo trabajo intelectual. Las obras que ha producido son innumerables, y sólo con citarlas llenaríamos buena parte de "El Mundo Ilustrado".

Desde el año de 1850, el sabio químico comenzó á publicar importantes monografías y estudios en las Memorias de la Academia de Ciencias de París, y á partir de aquella época, no ha habido año en que no enriquezca con nuevos y profundos libros, la colección verdaderamente asombrosa de sus obras.

Entre éstas, merecen citarse por su trascendental importancia, su "Ensayo de Mecánica Química", consultada siempre con el más vivo interés, "La Química en la Edad Media", que es un tesoro por la abundancia de datos y el sistema, y "La fuerza de las materias explosivas". Estos trabajos del ilustre químico, le han valido, honrosos aplausos y universal renombre.

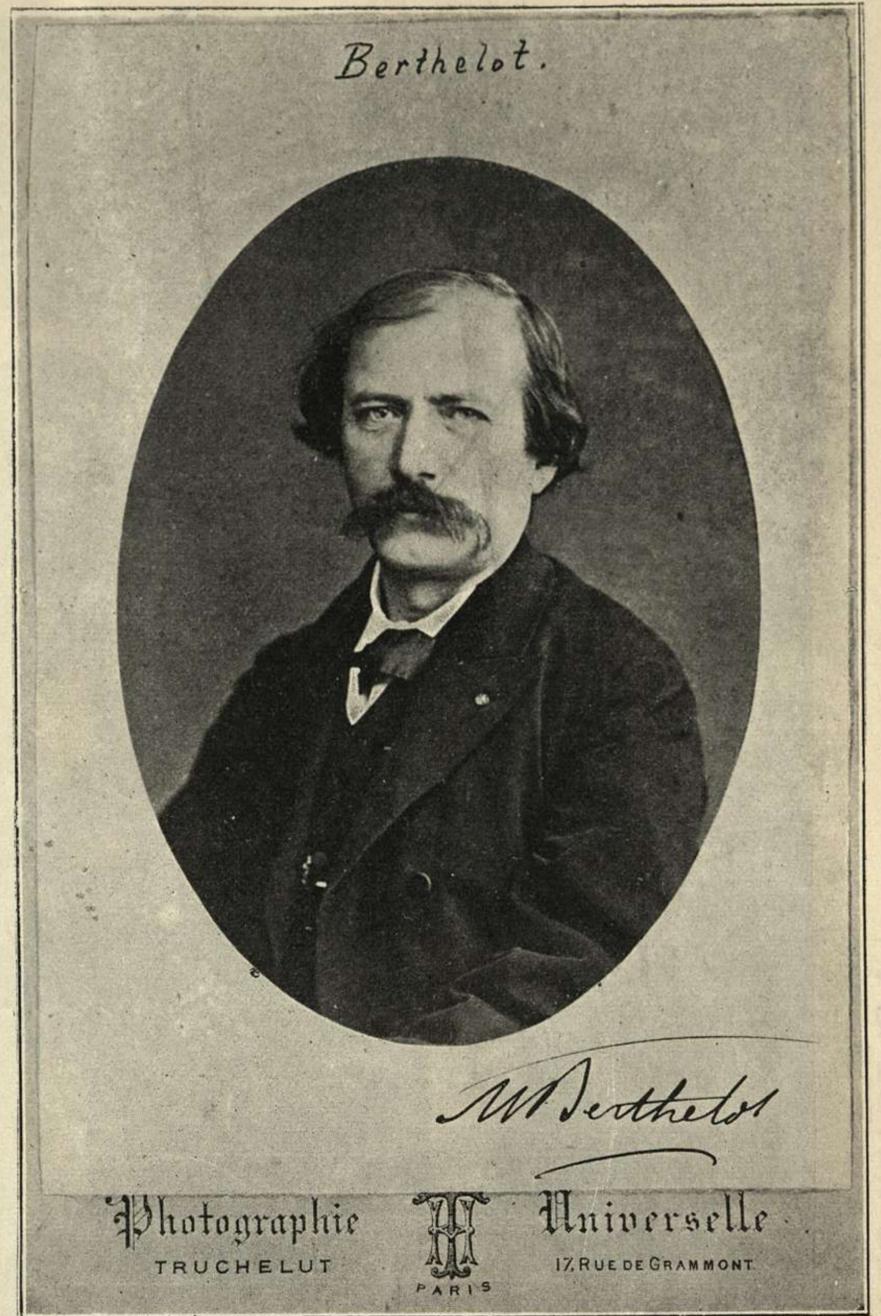
Además, Berthelot ha publicado infinidad de obras que son, para la industria, un elemento valiosísimo, porque han influído, poderosamente, en la determinación de los métodos que tienden á hacerla más adaptable á las exigencias de la cultura moderna.

El sabio ha recibido en todas las épocas, por su fecunda labor, honores y distinciones muy merecidos. A la muerte de Bertrand, la Academia Francesa lo llamó á su seno, y Berthelot es uno de sus miembros más distinguidos.

En la Academia de Ciencias de París, funge como Secretario Perpetuo, uno de los cargos más honrosos que confiere la sabia Agrupación, y multitud de Sociedades científicas, de todo el mundo civilizado, lo cuentan entre sus miembros honorarios.

Ultimamente, se ha constituido un Comité Internacional de Química, que tiene por objeto reunir entre las asociaciones científicas, de Europa y América, los fondos necesarios para troquelar una gran medalla de oro destinada á M Berthelot, como una recompensa que los hombres de estudio le confieren por sus meritorios trabajos é investigaciones.

El grabado que ofrecemos, es copia de una fotografía que el mismo Berthelot envió á la Sociedad Alzate.



"TEATRO DE LOS HEROES" EN CHIHUAHUA.

Inaugurado el día 8 del mes en curso.



LA PLEGARIA DE LAS PLAYAS.

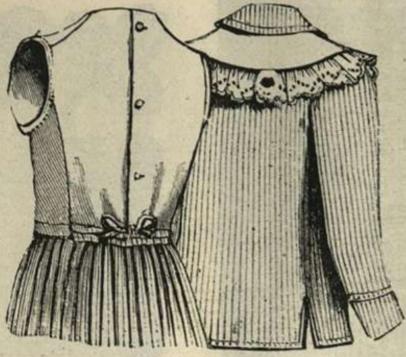
Cuadro de X.....

con su fama; y, en fin, que al día siguiente debutaba en la Plaza como matador, con el apodo de "Cice," y que tenía mucho gusto en que le viese y aceptara el cargo de apoderado, notificándome de paso que me brindaría su segundo toro.

En efecto, los carteles le anunciaban con letras como puños, y los revisteros taurinos hacían sugestivas referencias de su temerario valor y destreza inimitable.

Fuí á la Plaza; verificado el paseo, saltó el "Cice" al calejón, y me entregó en propia mano el capote, dándome un apretón efusivo, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por su cara.

Si dura un poco más la escena, me echo yo también á llorar.



Blusa y cubre corset.

con imperturbable serenidad los "trastos," como si la general protesta del público no fuese con él, y en su simpático rostro no se advertía la vacilación más leve.

¡Qué toro, señores! ¡Aquello no era un toro, sino una catedral!... Era el clásico ejemplar del "desecho de tienda y cerrado," con más años que un patriarca, más cuernos que la luna y más trastienda que un cacique. Todo "un señor pavo," como creo que dicen los revisteros.

Cerré los ojos lleno de conmiseración y espanto, y cuando un estentóreo grito, lanzado á la vez por todos los espectadores, me los hizo abrir, el "Cice" iba por el aire, en unión del estoque y la muleta.

Volvió el bicho á "meterle la cabeza" tres veces más, hasta que al fin quedó en tierra, inmóvil, boca abajo, rodeado de un charco de sangre.

Al cogerle sus compañeros para trasladarle á la enfermería, su rostro aparecía cadavérico y sus extremidades acusaban la flacidez de la muerte.

—¡Le ha deshecho!—decían los espectadores.

Salí del tendido horrorizado; al cruzar la galería me encontré con el cura, que bajaba precipitadamente del palco presidencial.

—¡Infeliz muchacho!—murmuré.

Y el aire de la calle ensanchó mi corazón, constreñido por el pánico, y refrescó mi cabeza abrumada por las violentas sensaciones.

—Si le hubieran quitado el toro,—pensaba yo,—no hubiera consumado el suicidio, porque eso ha sido un suicidio, no cabe duda; pero, por lo visto, debe ser más difícil quitar un toro que una pistola. ¡Pobre joven! ¡Estaba predestinado! ¡Era un suicida!.....

Y haciéndome estas ó parecidas consideraciones, llegué al Casino, donde con la distracción concluyó de tranquilizarse mi espíritu.



Delantal para señorita.

A los primeros lances comprendí que sabía de toreo, menos que yo, que debutaba también como espectador aquella tarde.

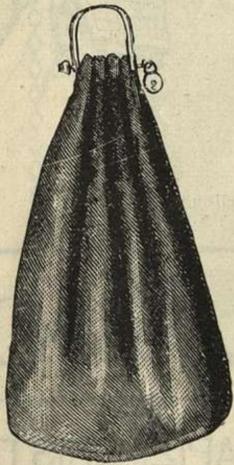
Para abreviar: que cuando le tocó el turno, ya había rodado el hombre infinidad de veces por la arena, y tenía su taleguilla de color indefinido, con más jirones que la capa con que por primera vez le ví en la Castellana; pero el mismo, el mismo suicida de aquella noche, sereno, imperturbable, dispuesto á morir con cínico desprecio de la vida.

Yo me retorcí de terror, y tentado estuve de abandonar la Plaza para no presenciar el desdichado fin de aquel muchacho; pero una extraña fuerza, quizá la misma ansiedad, me retenía involuntariamente en mi asiento.

—¡Es un suicida!—decían los espectadores.

—¡Y tan suicida! asentía yo en voz baja: algunos, llenos de generosa indignación, apostrofaban á gritos al Presidente, por permitir que un hombre que en su vida las había visto más gordas, pisase la arena y se desarrollara el bárbaro espectáculo que todos presentamos, y del cual fueron funestos presagios los emocionantes revolcones recibidos.

Mientras tanto, el "Cice" requería



Bolsa para labores manuales

Los periódicos decían que no había muerto, que estaba gravísimo, y el parte oficial, incluido en la reseña del bárbaro espectáculo, era un curso completo de "Anatomía patológica."

No le quedaba al "Cice" hueso sano, ni órgano sin lesión, ni músculo sin desgarramiento; continuos colapsos ponían en inminente peligro su existencia.

Desistí de verle; ¿para qué? Las noticias de los días subsiguientes eran más alarmantes: después de un suelto en que aseguraban los médicos que desesperaban de salvarle, dejaron de publicarse más detalles del estado del "Cice," quizás porque otros asuntos importantes llenaban el espacio concedido á su insignificante personalidad taurómica, y yo mismo le dí por muerto.

¡Juzguen ustedes de mi asombro al ver, tres ó cuatro años después, durante el periodo más crítico de la guerra de Cuba, reaparecer en los periódicos diarios la figura de mi hombre como protagonista de un acto heroico que, por la temeridad de los medios é insignificancia del fin, tenía todas las apariencias de un suicidio patriótico, pero, al fin y al cabo, de un suicidio!

Un hecho inaudito, una proeza que dejaba tamaña las legendarias del Cid, cuyo nombre, bárbaramente adoptado como apodo, luciera nuestro héroe en los carteles de aquella desastrosa corrida.

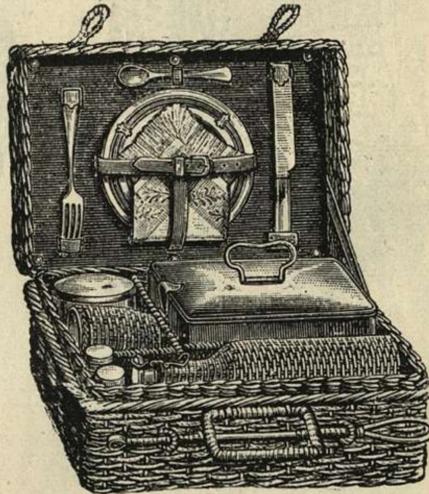
El Cid luchó contra quince solamente, y el "Cice" acababa de luchar, según los periódicos, contra treinta filibusteros, por el fútil motivo de rescatar de sus manos un caballo.

Infútil es decir que la hazaña costóle quedar medio muerto y ser recogido por sus compañeros poco menos que en una espuerta.

Concedióse al voluntario no sé qué cruz pensionada, y los periódicos dejaron de hablar de sus heridas como héroe, como habían dejado de hablar de sus heridas como torero; así es que nuevamente le dí por muerto.

El año pasado llego un día á mi casa y me encuentro con una carta del "Cice."

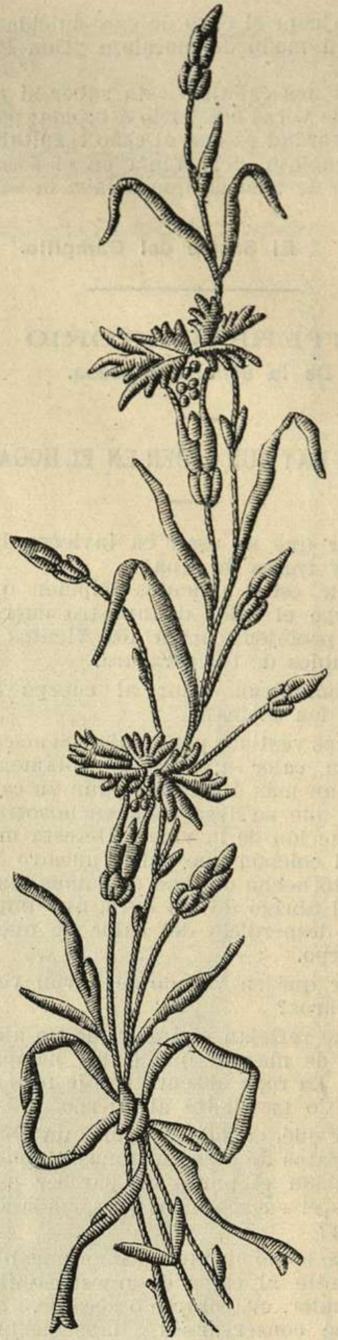
En términos muy parecidos á aquellos en que me anunciaba su "debut" taurino, invitábame á la inauguración de una modesta tienda de comestibles que al siguiente día iba á abrir en la



Estuche de viaje.

calle de la Luna con el ahorro de sus alcances, redondeado por una subscripción benéfica que le hicieron cuando le hirieron.

—¡Calle usted por Dios!—me decía el "Cice" al enseñarme lleno de orgullo su establecimiento.—¡Las cosas que hace uno en el mundo sin pensarlas! Vamos, que si aquella noche de la Castellana no acierta usted á pasar tan á tiempo y me pego el tiro, pues ya ve usted, me pierdo la felicidad de vivir hecho un príncipe. ¿Y lo de la plaza? Otra locura; ni por cien mil duros me pongo ahora delante de un becerro. Cuando pienso en aquello se



Modelo para bordar.

me erizan los pelos. Y lo mismo de Cuba, ¿no le parece á usted un suicidio? ¡Eso de dejarse matar por salvar á un cuadrúpedo!... Y, vamos, al fin y al cabo, ésa ha sido la base de mi fortuna.

Aun así y todo, tuve aquella noche que sujetarle para que no saliera á la calle á darse de puñaladas con unos matones de barrio por amor de unas pintas. ¡Otro conato de suicidio!... despedirme de él;—al fin se ha salvado!

—¡Vaya con el "Cice"—me dije al Salvado, ¿eh? Al mes recibía otra carta convidándome á su boda.

¿Saben ustedes quién era la novia? Una señorita cursi, coqueta, mal educada y peor afamada, con una madre insoportable y unos hermanos sin oficio ni beneficio, la que le habfa sorbido el seso con cuatro trapos y cuatro carantofías, y todos los cuales dieron en breve al traste con la tienda de comestibles y con la poca salud que el toro y los filibusteros dejaron disponible al pobre Expósito.

Esta vez se había consumado el suicidio.....

¡Pobre "Cice!" ¡era un predestinado!.....

A los pocos meses recibía una esquela de defunción participándome su muerte.....

—Ahora, díganme ustedes á que teo-



Pasillo de mesa.

ría se ajusta el caso de este suicida,—añadió á modo de moraleja "Don Pepito."

Todos nos callamos, sin saber si tomarlo de veras ó echarlo á broma; porque la verdad es que el caso resultaba muy gracioso, pero tenfa en el fondo un dejo de tristeza que helaba la sangre.

El Sastre del Campillo.

INTERROGATORIO
De la señora de casa.

LO QUE HAY QUE SABER EN EL HOGAR.

—¿Por qué se usan en invierno las pieles y trajes de lana?

Porque estos artículos impiden que se escape el calor de nuestro cuerpo y nos protejen contra los vientos y los cambios de temperatura.

—¿Comunican calor al cuerpo la lana y las pieles?

Nó, los vestidos por sí mismos no comunican calor alguno, y sólomente conservan más ó menos, según su calidad, el que se desarrolla en nosotros por la acción de la vida. De esta manera, el colchón que cubre nuestro lecho, está hecho de lana ó plumas muy finas, el abrigo de las aves, que impiden el desperdicio del calor de nuestro cuerpo.

—¿Por qué en verano se llevan vestidos claros?

Porque reflejan el calor que no absorben, de manera que están siempre frescos. La ropa oscura recoge más el calor y lo transmite al cuerpo.

—¿Por qué, cuando llevamos un abrigo ó zapatos de hule, sudamos algunas veces hasta el punto de parecer que tenemos el cuerpo ó los pies, nadando en agua?

Porque como el hule es impermeable, no permite al calor de nuestro cuerpo, al sudor, evaporarse ó secarse. No hay que conservar el impermeable, sino el tiempo estrictamente necesario.

—¿Por qué es peligroso dormir sobre géneros ó ropas húmedas, ó ponerse y conservar en el cuerpo, ropa húmeda?

Porque la humedad de la ropa, al evaporarse, se lleva consigo el calor del cuerpo, y nuestra temperatura baja del nivel normal, provocando un desequilibrio en nuestro cuerpo.

Orizaba, Junio 26 de 1901.

Sr. D. Donato Chapeaurouge, Director General de "La Mutua."—México.

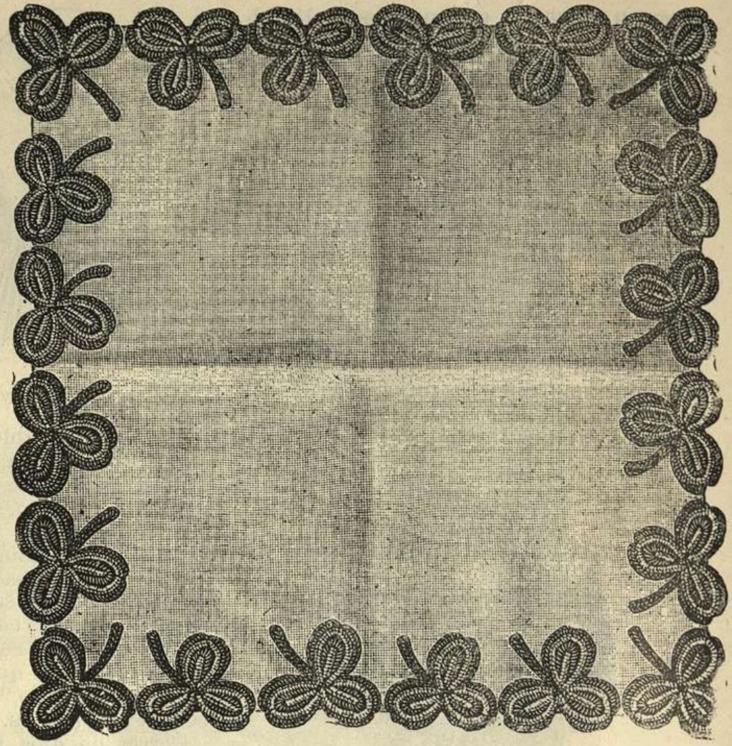
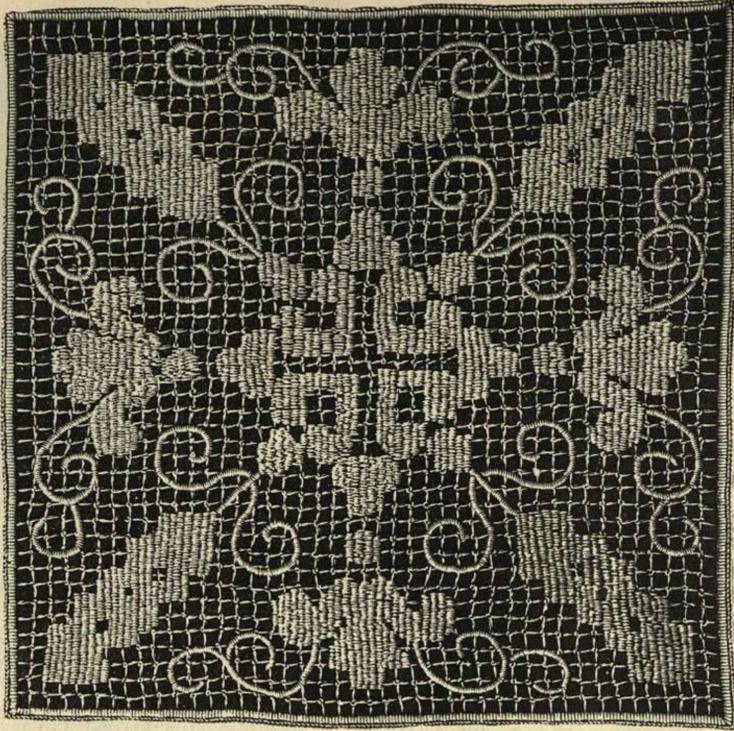
Muy Señor mio:—Acuso á Ud. recibo de la Póliza Dotal número... 1.054,731, que por conducto de su Agente General en la Sucursal de Puebla, solicité por la cantidad de 10,000 libras esterlinas (más de \$100,000 plata mexicana), y cuya póliza ha tenido á bien extender á mi favor la Compañía de "La Mutua," de Nueva York, que usted tan dignamente representa, y la he revisado y encontrado de entera conformidad como debía ser, siendo emitida por una Compañía tan conocida y renombrada, como "La Mutua."

Al solicitar este seguro, mi idea fué invertir mi dinero en un negocio bueno, teniendo la seguridad de sacar con el tiempo, si vivo, un capital regular con el solo hecho de haber pagado interés, y si muriera antes del periodo de distribución ó de la fecha del vencimiento del contrato, deja fondos disponibles con que activar mis negocios que tengo ahora entre manos.

Elegí "La Mutua," por que tengo conocimiento de los inmensos recursos con que cuenta para cubrir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes tan atractivos de seguros que ofrece y que á mi parecer son tan justos y buenos, que no admiten competencia.

Este seguro lo he tomado por lo pronto; pero con la determinación de aumentarlo dentro de poco y tan pronto como mis demás negocios me lo permitan, pues creo haber hecho la operación más segura de mi vida, al tomar esta póliza con "La Mutua."

A. KINNELL.



Modelos para cojines

¿Por qué son de madera los mangos de todos los utensilios de cocina, fabricados de metal, como las teteras y cafeteras?

Porque siendo la madera mala conductor del carbón, permanece á una temperatura más baja que el metal y no se corre el riesgo de quemarse los dedos.

NOCHE EN EL ALMA.
—
ELEGIA II.

En el cielo de mi alma falta la luz, falta el sol, es cual noche sin estrellas, porque me falta tu amor.

Mi vida es triste desierto: jamás un dulce rumor ha acariciado mi oído.... ¡siempre sólo vivo yo!

Murieron mis ilusiones y mi dicha ya murió, murieron mis esperanzas.... ¡más no ha muerto el corazón!

Que aunque vive aletargado á solas con su dolor, volverán días risueños para el pobre trovador.

Volverá en mi triste pecho á cantar el ruiseñor, cuando ilumine mi alma, la radiante luz del sol....

Félix Martínez Dolz.

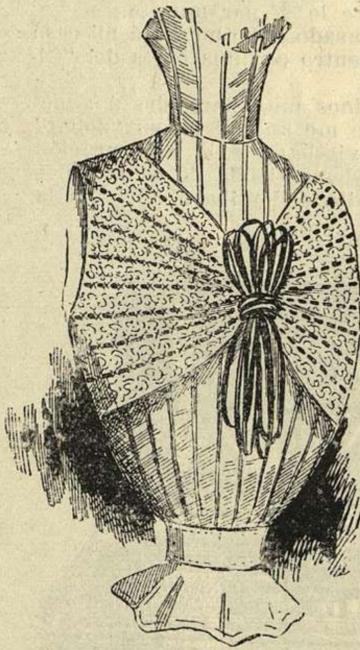
VARIEDADES.

Un joven francés que tiene un tío muy tacaño, con el fin de ver si le lleva al teatro una noche que ponen en escena "L'Avare" de Moliere.

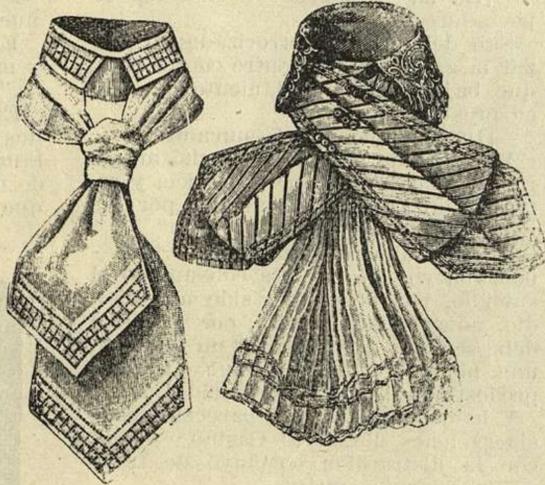
Concluida la función, le pregunta: —¿Qué le ha parecido á usted?

—Hombre, hay bastante que aprovechar en la comedia de tu Moliere; se encuentran en ella excelentes principios de economía que no echaré en saco roto.

Examen de mineralogía: —Vamos á ver: ¿Dónde se encuentra la mayor parte de los diamantes? —En el Monte de Piedad.



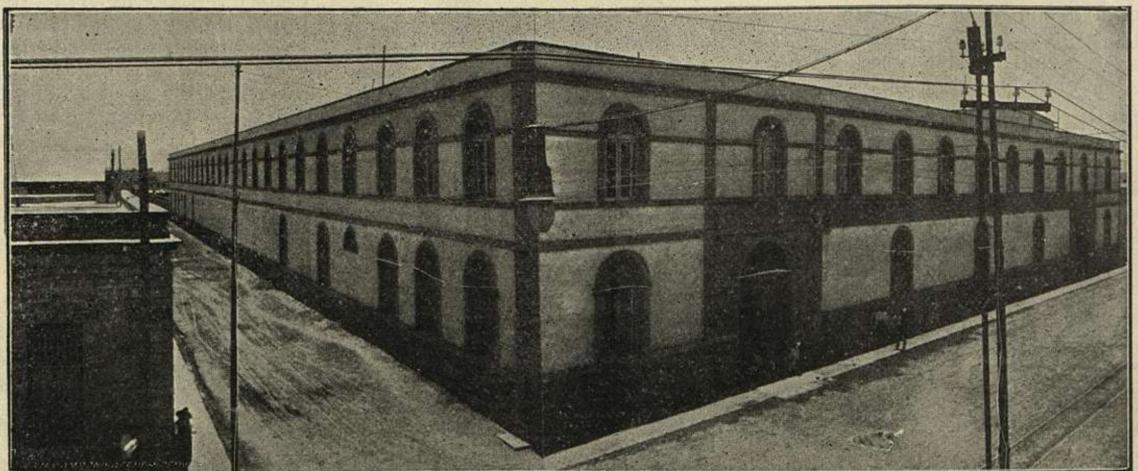
Adorno para talle.



Cuellos y corbatas.

C. PELLANDINI.

DORADURÍA Y PAPEL TAPIZ. CRISTALES, VIDRIOS, LUNAS



Talleres para biselar y grabar

CRISTALES.

Especialidad en vidrieras artísticas PARA IGLESIAS Y CASAS PARTICULARES

México.--2a. calle de S. Francisco 10.--México.

SUCURSAL EN GUADALAJARA.